

# CUENTOS CORTOS PARA INSOMNIOS LARGOS

JOSÉ JULIO LLANAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CUENTOS CORTOS PARA INSOMNIOS LARGOS

CUENTOS CORTOS  
PARA INSOMNIOS LARGOS

José Julio Llanas

Universidad Autónoma de Nuevo León



**UANL**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Jesús Ancer Rodríguez

*Rector*

Rogelio Garza Rivera

*Secretario General*

Rogelio Villarreal Elizondo

*Secretario de Extensión y Cultura*

Celso José Garza Acuña

*Director de Publicaciones*

Dirección de Publicaciones / Casa Universitaria del Libro  
Padre Mier núm. 909 poniente, esquina con Vallarta,  
Monterrey, Nuevo León, México,  
C.P. 64000 Tels: (52-81) 8329-4111 / Fax: (52-81) 8329-4095  
e-mail: publicaciones@uanl.mx  
Página web: [www.uanl.mx/publicaciones](http://www.uanl.mx/publicaciones)

*Cuentos cortos para insomnios largos*

Primera edición, 2013

© José Julio Llanas

© Universidad Autónoma de Nuevo León

ISBN: 978-607-27-0080-2

Impreso en Monterrey, México

*Printed in Monterrey, Mexico*

*Reservados todos los derechos conforme a la ley.  
Prohibida la reproducción total y parcial de este  
texto sin previa autorización por escrito del editor.*

*A Idalia Hernández*

CUENTRETENTE

## Del delirio a la cordura

A Adriana Cisneros

*Tengo razones para asegurar que mi mamá era un ser de otro planeta (¡!). Quizás no esté en condiciones de contar con exactitud los eventos que tuvieron lugar esa noche debido a que «sufro» desvaríos, la irrealidad genera cierta INTERFERENCIA en lo que mis sentidos perciben, pero puedo decir con gusto que presento «progresos» al contrarrestar mis paranoias y he conseguido identificar los espejismos cuando éstos se manifiestan (por ejemplo, sé que me he fabricado una –fantasía– en donde se me acusa de un crimen).*

Mi pesadilla comenzó una noche sin luna, pero llena de delirios. Después de haber... ¿tomado mi biberón?, ¿mi abuelo? me arrojó a la cama y de inmediato me cobijó un profundo sueño, en la inconsciencia, aluciné. Yo no estoy loco, bueno, tal vez, porque en el cuento que me inventé, me mutilaron, entonces, sólo me defendí. ¿A quién se le ocurre imaginar esas cosas? Duermo en la parte baja de una litera de concreto y el cuerpo me duele hasta el suplicio, estoy en una celda con mis libros de ciencia ficción hechos un asco, preocupado como nunca antes: *llevó semanas amaneciendo ¡sin erecciones!*, ¿acaso no es alarmante?, ni recuerdo la última vez que tuve una polución nocturna, ¡no creo estar enfermo! Entraba aquella madrugada cuando me despertó un zumbido que oscilaba a lo largo y ancho de mi cabeza. Voces de hombres, un vaivén de murmullos me atosiga.

¿A dónde me trajeron? De repente, me sobresaltó un ruido seco. Mis malditas visiones me hacen creer que alguien mete por debajo de la puerta una charola con pan y un plato de sopa, pero no caigo en el engaño. La curiosidad me ahogó, ansiaba conocer qué producía aquellas estridencias. Pero «muero de hambre», desesperado bebo del plato de sopa y que se derrama inevitablemente por mi cuello y ensucia mi ¿ropa? Con dificultad bajé de la cama y a gatas me dirigí a investigar. Debido a la negrura, atropellé ¿mis ositos de peluche? y con mis manos aplasté unas ¿paletas de chocolate? Choco contra una pared mugrienta, me golpeo la cabeza, las paletas se convierten en ¿trozos de excremento?, ¡su hediondez invade mi cordura!, una vez más, la mente me tiende una trampa. Los fastidiosos sonidos no cesaban. Avancé. Dos seres que «parecen» como jángeles custodios! vienen por mí, se colocan a mis costados. Me sujetan. Forcejeo. Quiero correr. Me inmovilizan. Golpes. MÁS GOLPES. Soy-conducido-sin-consideración-alguna-por-un-largo-pasillo. Su rudeza me ha lastimado los brazos y las piernas. Mis pies se arrastran. PaReZcO un GiÑaPo. TODO VIBRA. Juntooo connn loss ruidoss, unoss destellos lacerantess se moviann porrr el rabillooo deee miss OjOsss, espiralesss de colosse, intensoss flashazoss en desordennn se cuelanann desde el exteriorrr por las rendijass de las persianass. Una diosa de cabello lácteo trae para mí el océano en grajeas, las coloca en mi lengua para viajar al fondo del mar, ella es muy bella, con una sonrisa tímida trata de disimular ese par de pechos que impúdicos se me ofrecen como si tuvieran vida propia, (mi entrepierna – permanece inalterable – y no lo entiendo – debería reaccionar –). Me asusté mucho y oriné ¿en mi pañal? De un brinco me puse de pie, abrí la puerta y entré sigilosamente al cuarto de mamá. Casi me tropiezo con mi «yo-yo» que dejé olvidado en el piso. Las luces provenían del patio. Las estridencias se transformaron en un



intenso rugir que llegaba del exterior. Un humo gris inundó el jardín y comenzó a penetrar por debajo de la puerta. Niebla, densa niebla se introdujo por mis oídos. *Unos tipos en actitud de malditos fuman con desdén, son los demonios. Ella no pudo hacerme esto, ella no, seguro fue «algo» desconocido. ¿Otra «ella»? Quizás.* Mamá dormía. A un lado de su cama, regados por el piso, mis libros de ciencia-ficción, ¿quién osó tirarlos con tal saña? La diosa de cabello lácteo me empuja hacia una cámara secreta. Afuera, delante de las sombras que proyectaban los árboles, una silueta tomaba forma tras el cristal opaco de la ventana, pude distinguir algo parecido a un **ser mons-truo-so**. La diosa -envuelta en una sábana translúcida- muestra su torso perfecto, se desnuda y me ofrece su piel satinada, su figura sinuosa me llena de aromas insinuantes que embriagarían a cualquiera, ¡aún así no consigo el rigor bajo mi vientre! Abre sus manos, sostiene mi «yo-yo» y comienza a jugarlo, ~~paraarriba.paraabajo.paraarriba.paraabajo~~, es mi juguete favorito, siempre termina por los suelos, (como ahora). Metió la mano por debajo de la puerta, palpaba los objetos que podía alcanzar, estiro mis manos queriendo tocarla pero su piel se torna incorpórea, ¿dónde quedó la libido?, era una extremidad gelatinosa, una goma esponjiforme. Se alargó como lo hace un chicle en las manos de un chiquillo transformándose en una banda larga, parecía no tener fin. Terminó de introducirse recomponiéndose. La masa deforme se aglutinó con torpeza, tropezó con los muebles y en un parpadeo, ya estaba todo el **monstruo** bien moldeado dentro del cuarto. Su forma **horrenda** poseía una particularidad, su mirada era electrizante. *Estoy acostado sobre una plancha, los demonios me rodean y me conectan a una máquina desconocida pero estoy tranquilo porque ella está aquí para cuidarme? Levanta sus manos y me muestra una goma de borrar, la aproxima a mí,* temblando de pánico, vigilaba desde una pequeña abertura, me había metido

al clóset para ocultarme, no pude evitar que el **grotesco ente** tomara en sus brazos a mi madre que continuaba inconsciente. Intenté detenerlo pero *una fuerza desconocida me inmoviliza y me sacude con violencia y dolor, innumerables veces*. Junto con ella, la **criatura** comenzó a extenderse de nuevo hasta convertirse en un hilo. No podía creer lo que veía, el **perverso extraterrestre** la había integrado a él mismo para luego, deslizarse y desaparecer como de rayo por todas las rendijas existentes. *Ante la cantidad de energía que ha recorrido mi cuerpo, quedo conmocionado, muy débil, los malignos me observan con determinación, semi-inconsciente, sólo percibo un cosquilleo en la zona de mis ingles*. Tomé mi pistola pero ya era muy tarde, no pude rescatar a mamá. (Yo seguía en el [clóset], sin poder salir de ahí, enloquecido de miedo). De nuevo los sonidos, tran, trak, brrr, chak, fshsh, el humo, el viento azotando los árboles... era otro **alienígena**. Penetró al cuarto igual que el anterior, se acostó sobre la cama y fue *trans.for.mán.do.se* en la figura de mi madre. Afuera sólo se escuchó el despegar de una nave y en un instante, volvió el silencio. *De-nuevo-soy-transportado-por-un-largo-pasillo, no logro moverme, intento hablar, sólo emito tristes balbuceos ensalivados, apenas consigo percibir el entorno pero alcanzo a apreciar una buena cantidad de rostros varoniles que se asoman por puertas con travesaños, entre ellos hay desde niños hasta ancianos, noto una particularidad, algunos no tienen ojos, otros, sin boca u oídos: les habían sido borrados*. Salí de mi escondite, tomé ¿el bastón? y me aproximé a lo que parecía ser mi madre para examinarla lentamente, aparentaba estar dormida. En realidad era el **ser del espacio**. *La diosa aparece a lo lejos, me sonríe oscuramente. Quise escuchar su respiración, sentir sus latidos. Su mirada es malintencionada, me indica que trama algo, comienza a caminar hacia mí l e n t o , m u y l e n t o , con su mano izquierda sostiene las*

grajeas. Y cuando estaba cara a cara, abrió los ojos, *ya muy cerca de mí, sujeta mi cuerpo, me observa con esos ojos*, desorbitados, odiosos y sin soltar no sé qué con su mano derecha, me tomó por el cuello con fuerza, sus dedos buscaron mi bajo vientre; con pavor, oriné con normalidad por última vez al ritmo de mi corazón desbocado. Forcejamos, quise huir. Un dolor indescriptible me desbordó. *No siento mis piernas*. Con su mirada electrizante, ella, la diosa, *¿qué me ha hecho?, ¿acaso no era mi amiga?, ¿por qué usó conmigo su goma de borrar?*, de alguna manera inexplicable, maniató mi cerebro... con cadenas. Como pude, me desprendí de aquel ser y retrocedí aterrado. Tomé el arma y apunté hacia la impostora. Pero en ese momento, el niño entró al cuarto con fuertes gritos.

—¡No lo hagas! ¡Alto!

Disparé. Mi ¿nieto?, ¿o era mi hijo? me tomó de la mano y junto con su ¿papá?, ¿o era el mío?, me ayudaron a volver a la cama, luego se hizo una llamada. ¡Disparé! ¡Lo merecía! Estaba seguro de haber dado en el blanco.

—¿Por qué lo hiciste?

Esa noche no dormí maquinando planes para acabar con los malditos **engendros** de otros mundos que usurparon el lugar de mi madre, los **demonios** llegaron para traerme aquí, encerrarme en este espacio donde nunca podré decir la verdad. *Estoy atrapado entre nubes de algodón, me recetan su paz almidonada. De vez en cuando ¿mi padre? viene a observarme con su mirada electrizante, los están sustituyendo a todos y yo sin poder salir de esta cárcel mental. Aquí todo es suave, porto mi túnica impoluta, la diosa me da grajeas, me sumerjo en «las aguas de la felicidad». ¿Ella me castiga?, ¿me atormenta?, ¿o me premia? ¿Es esta la vida eterna?, ¿el infierno?, o antes de acabarlo, el ser **alienígena** al encadenar mi cerebro, además de castrarme, ¿me*

JOSÉ JULIO LLANAS

*atrapó para siempre dentro de esta alucinación?*

## La boda

*A Hortencia Delgado*

¿Acaso no es indignante asistir a la boda de tu ex novia? Yo no quería ir, pero ahí estaba Susana con sus necedades: «¿Pero cómo?, ¿te vas a quedar encerrado llorando en tu casa? ¡Ya súperalo! Si en verdad amas a Pamela, demuéstralo. ¿No deseas la felicidad para aquellos que quieres?, y si esa es la suya, deberías estar contento por ella...», y bla bla bla.... Sus frases eran baratijas detestables, además, no me daba la gana superar nada. Y como siempre, todo mundo se atreve a dar consejos cuando no son ellos los que tienen el pedo atorado, ¿Es tan difícil de entender? ¡Pamela y yo estuvimos a punto de casarnos! Yo sabía que me iba sentir bastante incómodo porque seguía amándola bien chingonamente y nunca iba a aceptar que contraer nupcias con el idiota de Natacho, sería su felicidad. Por otro lado, Susana fue la ex de ese baboso, pero no le calaba tanto el inminente matrimonio porque ella fue quien lo rumbó al chorizo. Aún así, yo no lograba entender cuál era su propósito, por qué estaba tan deseosa de acudir a la boda; entonces, yo acudí a mi sarcasmo.

—Segurito tú ya lo superaste, ¿eh? —la reté con la mirada y quiso verse muy segura.

—No. Pero en eso estoy —contestó.

Y bueno, pues... se fue acercando a mí para rogarme, puso

sus manos sobre mis hombros, con un par de besos me convenció.

Corrí a mi casa, me puse mis mejores garras y mucho perfume, ya que me había bañado desde la mañana y durante el día estuve lavando el excusado, pasé por Sussy en un taxi, pero antes de salir tomé lo necesario para afeitarme en el camino (no fue buena idea, puesto que con el ajetreo del carro, me hice algunas cortadas). Llegamos. Cuando pasamos a felicitar a los flamantes esposos, Sussy me abrazó y me hacía cosquillitas en el cabello. El entorno no nos ofrecía nada fuera de lo convencional, un salón mitad elegante mitad vulgar, una cena raquítica, cumbias horribles, el borracho que se cree el rey del baile, escasez de vieja buena, los niños corriendo entre las mesas, el mariachi loco... pero había algo bueno: cheve en cantidades industriales, y como mi tortura por estar ahí también era en cantidades industriales, que me prendo de una botella. Amé en extremo a la que hoy se exhibía como esposa de otro, lo único que quería era olvidar, la amaba y la odiaba. ¡Y ahí estaba! Pamela, arreglada como un maniquí, perfecta, hermosa, sexy... y ahí estaba la botella: perfecta, hermosa, sexy... me traían una, me traían otra; Susana entre besos, me ponía el mal ejemplo, pues bebía al mismo ritmo que yo, ¿por qué no puede ser ella como todas las mujeres que te dicen siempre «ya no tomes»? De repe... ¡lo que detesto!, el cotorro «animador» del micrófono (ésos siempre me caen gordos) invitando a jugar a la víbora de la mar, varios revoltosos venían hacia mí, adiviné su intención, ir al baño era la excusa perfecta para escabullirme del ridículo, Susana bloqueó mi fuga, me tomó de la mano.

—¡Vamos! Juguemos a la víbora.

—¿Y si nos muerde?, tengo ganas de hacer popo, estoy ma-

reado —le repliqué.

—Mucho mejor —contestó.

Me resistí, lo menos que quería era estar cerca de los novios, pero unos relajientos vinieron por mí y me jalaron para la pista, y allá voy, empujado por todos, con mis gestos de incomodidad, casi a rastras, «A la víbora, víbora de la mar»... ahí estaba Pamela, tan linda como sólo ella lo era, arriba de la silla... «por aquí pueden pasar»... el idiota de Natacho sosteniendo el velo, todos como pendejos corriendo por debajo, él me miraba con ojos de gran vencedor... yo tragándome la rabia, la impotencia, la frustración, avanzando en automático, trastabillando, «los de adelante corren mucho»... Susana en la fila de las mujeres galopando alegremente pero sin perderme de vista... «y los de atrás se quedarán», los ojos se me cerraban; luego lo más deplorable, el famoso «beso, beso, beso», ¡miren!, ¡luego luego se ve que ella lo besa con asco! ¡Hijoesu! Me acordé de los besotes que nos dábamos. Me sentí tan ligero y tan pesado al mismo tiempo. Y desde lo más hondo de mi alma me nació gritar: «¡Pamela, nomás acuérdate de mí!». Los degenerados que pedían «beso» callaron sus hocicos y con sus miradas me hicieron foco escénico, sus rostros se iban tornando borrosos. Mi ex suegra se enojó y se aproximaba de seguro a regañarme. Muy oportunamente el grupillo musical empezó la marcha fúnebre, ahí quise aprovechar, traté de escurrirme, no sé qué pensaría la gente, en el salón se arremolineaban muchos conocidos míos y la mayoría sabía cómo había idolatrado a Pamela, me sentí observado, muy observado. Siguió «El muerto, el muerto». Los más escandalosos, como siempre ocurre, ya habían cargado al idiota de Natacho para lanzarlo por los aires, le quitaron los zapatos, lo bañaron de cerveza y se veía más idiota; me sentí aturdido. El salón entero

comenzó a girar en torno a mi eje. Susana, burlona, me empujó, me picaba las costillas risa y risa, Rogelio dijo: «Ayúdame» pues el payaso del novio estaba pesado, de pronto me inundaron unas ganas bien grandes de soltar carcajadas, ya sin pensar contribuí a arrojarlo para arriba por los hombros, la boda comenzó a parecerme bien chistosa, yo reía, reía mucho, sentí náuseas y grité «¡Arriba Micky!», y allá iba el estúpido pataleando por los aires como maricón, parecía que era yo el que andaba flotando, los demás volvieron a darle impulso, pero no pude más, me tambaleaba, la fuerza de los otros era mayor de la cadera para abajo, caí de lado sobre Roge, se me zafó el idiota y su cabezota fue a dar al piso, se escuchó un tronido muy contundente, como cuando rompemos una nuez entre los dientes, la raza gritó «¡aaaay!» como diciendo «ya valió», el impacto colectivo se manifestó en unos segundos de silencio, seguidos por alaridos de histeria. No sé por qué pero me dio mucha hilaridad, mis carcajadas eran muy sinceras. Todos me veían, estupefactos, sí, con ojos acusadores. Mi ex suegra me pellizó en el brazo con gesto regañón. Pamela corrió enloquecida hacia él, súper asustada, deteniendo la chompa sangrante de su marido, alguien se acercó a comprobar su respiración, su pulso, mientras la marcha fúnebre aún sonaba. Y yo aturdido, lleno de sueño, buscando a Susana con la mirada, queriendo reclamarle, sólo pude caer encima del idiota cadáver, siendo éstas mis últimas palabras: «Sussssana, yaa en...tendí tu puuunto...», sonrió y me dijo: «Yo acabo de superarlo» y todo se puso negro.



## La encomienda

*A Adrián Cuéllar*

Con cierto temor apresuro el paso, pero la oscuridad me exige caminar con recelo. Las calles parecen un desierto nocturno, de pronto, se aprecian... espeluznantes. Dice el dicho que el miedo no anda en burro, claro que no, anda en mí. ¿Pero qué estoy pensando? ¿Por qué tengo miedo? ¡Nada! He recibido la señal y debo cumplir el encargo. No puedo fallar.

De vez en cuando tropiezo con grupos de gente. Reconozco su expresión de hastío, la clásica después de haber terminado una rutina más de trabajo. Me pregunto cuántos de ellos son en realidad de esos criminales que sólo esperan la oportunidad para delinquir. La ciudad ya no es la misma de antes. ¿Cómo pudo transformarse en algo tan peligroso en tan poco tiempo? Nosotros, los viejos ciudadanos que la hemos habitado desde siempre, ya no podemos caminar con tranquilidad por sus diferentes barrios como antes cuando, aunque fuera muy noche, no corríamos ningún riesgo. ¡Pero hoy! Los noticieros nos contaminan de paranoia: asaltos, secuestros, sicarios, balaceras, crímenes...Hoy día, cualquier persona que te encuentres en la calle, ¡puede ser un terrible asesino! Es necesario extremar precauciones. Las autoridades están rebasadas por la delincuencia o coludidas con ella, por lo que nos están obligando a tomar la

justicia por nuestra cuenta. Por eso, por si a caso, yo traigo mi navajita. ¡Es que no se sabe!

Aún falta mucho para llegar a mi objetivo. Debo caminar tranquilo pero sin pausas. Ni modo, ya llegaré. El noticiero se ha transformado en un inventario de tragedias: como el caso del muchacho que, con violencia, fue despojado de su laptop en pleno centro de la ciudad, ¡le rebanaron los dedos! ¡Y yo con esta cosa tan pesada y tan valiosa en mis manos! Deberé estar loco para arriesgarme a tal extremo. ¡Y cuántos acribillados! El tipo en un cajero automático, la mujer que reclamó al conductor de una camioneta el cerrón que le había dado, la familia que paseaba en su Van, la chava del centro comercial... Ya son demasiados los que mueren en manos de los maniáticos que se han infiltrado entre nosotros. Cualquiera puede ser uno de ellos. Por ejemplo, aquella señora gorda que camina como si nada con sus bolsas de mandado. ¡Ésa! ¡Ésa puede ser una abusadora de maridos!, la otra, ¡una violadora de niños!, el chamaco flacucho que está sentado en la banca puede ser un matón a sueldo. ¡Puro esquizofrénico! No, si uno ya no tiene nada de seguridad, somos tan vulnerables, estamos expuestos a tantas amenazas. Pero... mmmh, pues tengo que cumplir con este favor que me pidieron tan amablemente.

Ya he caminado varias cuadras. Llego a una zona donde el alumbrado público no funciona. Camino deprisa, percibo ruidos tras de mí, a lo lejos. Me vuelvo para mirar. Alguien viene. Doy un viraje en la esquina, no puedo ver nada, sólo hay penumbra. El que viene allá también da vuelta. Me oculto tras un árbol para observar, viene hacia mí. No hay nadie en la calle, sólo aquella sombra que no sé a quién pertenece. Comienzo a preocuparme. ¿Por dónde me voy? Este objeto tan indispensable ya me pesa

mucho, pero debo cuidarlo con mi propia vida. El individuo se aproxima, observo la figura amenazante de un hombre robusto. ¿De quién se trata? ¿Sabrá lo que cargo? Trato de correr, pero este envoltorio me lo impide, nadie debe verlo. ¿Y si el tipo es un ladrón? Me introduzco en un callejón para perderme de su vista. Avanzo cauteloso. Nadie cerca que pueda ayudarme. El hombre se cuela al callejón también, no hay duda, me persigue. Mi pecho se tensiona y el corazón me reclama la imprudencia. Llego hasta un parque solitario. Intento por lo menos caminar aprisa sobre el irregular camino, me es difícil. El está aún más cerca y comienza a correr. Siento el cuello hecho nudo. Marcho con sobreesfuerzo, entonces tropiezo y caigo sin remedio sobre unos arbustos. Me golpeo una pierna. Duele. Me he lastimado, estoy perdido. Mi perseguidor grita «¿te ayudo?», claro, me está tendiendo una trampa. Se arroja sobre mí aprovechando la situación. El miedo me atrapa de pies a cabeza. El sujeto me jala hacia él bruscamente, con dificultad, tomo la navajita que traigo y sin pensarlo le propino un golpe hundiendo el filo en su costado. El hombre cae, y yo, descontrolado por el pánico, balbuceando maldiciones, lo someto a golpes, más golpes, porque estoy muy asustado, una y otra vez, sobre su pecho... sus pies... golpes... en sus brazos, para librarme de él. ¡Ya no harás daño a nadie! ¡Ya no! ¡A nadie! Me voy corriendo. ¡Uno menos! ¡Uno menos! ¡Son tantos, tantos los maniáticos!, por eso, debo seguir cumpliendo —con esta pesada hacha— la orden de esa dulce voz que me habla por las noches.

## Glotona

Siempre lo has dicho, como hace rato en la cama se lo dijiste a él mordéndole una oreja mientras ambos se compenetraban intensa y lúdicamente: «Como toda buena regiomontana, mi comida favorita son los taquitos de carne asada». Y se nota muy bien cuando con voracidad tomas el último taco y le asestas, insaciable, la primera mordida. Es que a ti, el sexo te produce hambre. Disfrutas mucho cuando el aceite escurre, placentero, entre tus manos y tus labios; te evoca los instantes inmediatos a la polución de tus amantes. Deliras cuando al masticar crujen los trocitos de cebolla bañados de limón.

El sigue allá, parece un bebé bien dormidito, sólo parece. Hace apenas dos horas permanecías en la esquina de la avenida, hambrienta, desesperada, aún sin dinero. Los clientes escaseaban hasta que apareció él en su auto. Lo contemplas, aún yace desnudo enredado entre las sábanas. Detuvo el vehículo, un hombre joven y hermoso. Con tu mirada sensual introdujiste la cabeza por la ventana para saludarlo e iniciar el trato. Te manoseo las tetas. Un pobre chicle era maltratado por tus dientes mientras pactaban el precio que incluía lugar. No te agradaba mucho frecuentar hoteles ni depas. Subiste al coche y de inmediato, como acto reflejo, diste un buen vistazo a la cremallera de su

pantalón y el apetito te encrespó de pies a cabeza, imaginando lo que a simple vista se veía grandioso. Llegaron a tu domicilio donde siempre tienes preparado el carbón y la parrilla.

—¡Wow! —dijo él—. Sexo y cena. Qué sorpresa.

Asentiste a su expresión con un beso. Terminas ya con el último fragmento de tu taco. Te sabe a gloria. Paladeas los pedazos como saboreando un manjar de dioses. Cortaste la carne en trozos grandes para sentir cómo tus dientes van despedazándola bañada en la salsa picante. Gozas cuando tu lengua hace contacto y colabora al degustar la mezcla de sabores de los diferentes ingredientes que yacen dentro de la tortilla. ¡Qué experiencia! Sobre todo esa deliciosa carne. ¡Qué sensación! Se ha ido intensificando conforme comes. No puedes más con esos placeres. ¡Entras en éxtasis! Frente al cuerpo del chico, que no puedes dejar de mirar porque es parte del deleite, cubres tus pechos del aceite que resbala por tu boca, y eso te inunda de satisfacciones, como las noches anteriores. Frente al goteo de sangre que viene desde la cama, recuerdas cuando le advertiste al encender el coche y posaste tu mano en su duro paquete: «voy a comérmela toda» y una vez más, la devoraste completita y no puedes evitar el multi-orgasmo.

Continuará...

# Don Jacinto

*A Eduardo Ordaz*

Ayer por la tarde, sin que sus pies tocaran el suelo, don Jacinto Villanueva dijo: «¿Saben? En realidad, no existe la tarde», y todos pusieron atención a lo que iba a decir. «Nunca nos damos cuenta de la pelea que todos los días se desata sobre nosotros», saltaron en las miradas los gestos de desconcierto, «es el momento en el que la noche comienza a arrebatarse el espacio al día y siempre lo consigue; pero el día, sin sentir derrota alguna, va, acude puntualmente a otorgar su luz a otro lado, donde sabe que más hace falta». Sus oyentes quedaron asombrados. «Eso es lo que cada quien debería hacer: nunca sentirse vencidos ante las desavenencias de la vida», puntualizó.

Anonadados, sin saber si por las inflexiones tan peculiares de su voz o por sus palabras, parecían ausentes. La reflexión fue tan profunda que no se percataron del instante en que se marchó. Luego de un rato, reaccionaron.

—¿Y don Jacinto? —preguntó Chatita.

—¿Alguien sabe dónde vive? —todos se miraron con interrogación.

—A mí no me sorprende, siempre hace lo mismo. Simplemente desaparece.

—¿Se han dado cuenta que sólo lo vemos cuando estamos

juntos? —añadió don Chago.

—¡El señor Villanueva es un pillo! —y todos rieron.

Ayer. Porque hoy están muy descontentos. Desde temprano, tintes sombríos se expandían bajo sus pies. Inocencia, la dueña de la casa, transportaba en su boca un sinsabor, había salido temprano a la tienda a comprar café y no encontró el de su marca preferida, y para colmo había perdido veinte pesos; Chatita, su hija adolescente, tuvo que dejar de ver la tele —su madre la mandó a barrer el patio—, acomodó las sillas a regañadientes para cuando llegaran los invitados. Bajo la sombra de los encinos y el perfume de los geranios, nadie oculta su impaciencia. El aroma de las flores es opacado por un olor a fastidio que se esparce en el ambiente. Doña Laura se presentó con las galletas que para la ocasión había horneado; Chago Martínez y su esposa, con unos lonchecitos de jamón y queso; Teresa quiso impresionar con un postre de naranja. La cuestión era sacudirse, aunque fuera por unos momentos, el lastre tan duro de la rutina diaria con la que el cansancio se regodea en sus rostros. Inocencia lanza un grito.

—¡Bueno! ¡Pero qué le pasa a don Jacinto! No llega y nos estamos muriendo de calor. La tarde está pésima.

—¡Uy sí! Los días han estado horriblemente bochornosos.

—Acuérdense lo que dijo ayer: La tarde no existe.

—¡Oh, sí! —manifiesta Laura—. Muy bonito, pero eso no deja de ser un juego de palabras. Bien que sufrimos la tarde.

Conforme los minutos avanzan, la ausencia del señor Villanueva les resulta más insoportable. Grises nubarrones se habían establecido sobre ellos desde que comenzaron a llegar, lo que ocasiona que sus expresiones sean imprecisas y que no correspondan a sus palabras. Como Guille, que con algo parecido a

una sonrisa, se queja del clima.

—La lluvia de la semana pasada fue desastrosa, mi patio se inundó y durante tres días, no pude salir a tender la ropa lavada.

—Muy cierto —responde Teresa—. Yo ya no aguantaba el lodo, los charcos, la humedad. No logra una salir a gusto a ninguna parte. Y dicen que en pocos días nos llega una sequía.

—¿Una sequía? ¿Pero luego qué vamos a hacer sin agua? Con este sol picante de por acá que no se puede aguantar.

El tiempo les parece fangoso, sólo transita en un espacio ajeno, lejano a ellos. El cielo se oscurece súbitamente y retumba.

—¿Va a llover?

—No lo creo. Los noticieros no lo reportaron. Parece sólo una tormenta eléctrica.

Chatita se siente como fuera de lugar, abrumada por ella misma, desearía estar escuchando sus cd's que su papá le había comprado. Un fuerte viento parece desprenderse de la apatía colectiva.

—Lo peor son estos ventarrones polvosos que nos enmugran las cosas. Ya no aguanto este pueblo, los días son tan aburridos sin nada interesante qué hacer.

—Chatita, eso es porque no ayudas para nada en la casa. Quien está ocupado jamás se aburre.

—¡Ay mamá! Yo no quiero vivir mi vida eternamente atareada, por eso no pienso casarme —un remolino le remueve el pelo mientras habla—. Ya aprendí que la vida de casada es el hastío total.

—¡M'ija! ¡Pero cómo dices esas cosas! Es cierto, sí, pero no es tan así.

—Déjela doña Inocencia, la niña no está muy errada. En este



lugar, tan ignorado por Dios, todos estamos hartos de todos. Nomás vea los gestos en la fila de la tortillería.

En lo alto, un concierto de truenos la sacude, parece protestar por sus palabras. Doña Inocencia ya no quiso hablar del tema, se dio cuenta que Chatita sólo había reflejado la visión materna.

—Don Chago, ¿y cómo le va en el trabajo?

—¿Y cómo me puede ir después de veinte años de trabajar para la oficina de correo en un sótano hediondo? El gobierno no nos pone aire acondicionado, ni da muestras de aumentar el pequeño sueldo y muchos estamos inconformes. Además, estoy seguro que muy pronto me van a correr.

—Por eso, en este pueblucho regío y bicicletero...

Alguien toca a la puerta y en el silencio, Inocencia da el grito que rompe el desánimo.

—¡Es don Jacinto!

Chatita corre a recibirlo. Apacible y contento, el Sr. Villanueva aparece contagiando su sonrisa. Entre la negrura de las nubes, el estruendo calla. El sol asoma para recibirlo y espanta las sombras, conforme don Jacinto entra, aumenta la potencia de su luz. Le abren paso, gustosos, le saludan con francas demostraciones de afecto.

—Aquí don Jacinto. Siéntese aquí.

—Muchas gracias. Perdón por el retraso. Se me fue el tiempo por ahí contemplando a los pajarillos y escuchando a las palomas cantar su cucurrucucú. ¡La tarde está preciosa en esta gran ciudad! El resplandor del astro rey ha estado muy revitalizante.

Ahora, todos los vecinos, atentos y expectantes, mas no tanto como impacientes, se olvidan del fragor de los reproches, lo único que quieren es escucharlo. Mueven sus sillas para quedar más cerca de él.

JOSÉ JULIO LLANAS

—Lo estábamos esperando. ¿Cómo ha estado? Vamos, cuéntenos. ¿Qué soñó anoche?

Y frente la avidez de los presentes, colmado de anhelos y esperanzas, don Jacinto tararea una canción contagiosa. Como ya es costumbre, más transparente que nunca, se dispone a narrar otro de sus dulces sueños al mismo tiempo que el día comienza a ganar la batalla a la noche.

## Mamá me consiguió trabajo

Esa tarde, mi madre había ido por las tortillas para la cena y ya se estaba demorando. Me dejó sola con ese señor de aspecto extraño, le daba un aire al catrín de la lotería, sólo que más flaco y más canoso. Quién sabe si lo conocía de mucho tiempo o era un nuevo amigo. El caso es que mamá no llegaba y el hombre a cada minuto, me echaba unas miradas de miedo, como si quisiera atravesarme con sus ojos.

Aún y cuando mi madre siempre me advertía que tuviera cuidado, que en Monterrey, allá afuera las cosas se habían vuelto muy peligrosas; en esos momentos, quise salir huyendo hacia lo que me parecía, la seguridad de la calle, pero confiaba en que mamá llegaría en cualquier instante, así que me senté en la sala, frente al sujeto de nariz de perico, para no quitarle la vista, para cuidar sus movimientos y correr en caso de ser necesario. Lo vi titubeante, con la intención de decir algo hasta que se atrevió, quizás me quería intimidar.

—Tu madre ya no va a venir.

Mugre viejo mentiroso, ¿por qué razón mamá ya no vendría si ésta era su casa? ¿Si me dijo que no se tardaría a sabiendas de que me había dejado con un desconocido? Yo enmudecí, no me daba la gana entablar conversación en ese vejete.

—¿Sabes, Cessy? Yo tengo muchos ranchos...

Pensé: «¿Y a mí qué fregados me importa que este anciano

sea el dueño de medio Nuevo León?»

—Y ahí hay varias muchachitas, así como tú, que estoy seguro te gustaría conocer. ¿Te divierten las albercas? ¿Sabes nadar? Yo podría enseñarte...

El viejo pendejo se puso de pie, inquieto, yo no me moví. ¡Ay si! Qué me quería enseñar... Creyó que estaba bruta para no entender.

—Cessy, Cessita... ¡Mira nada más! Tienes la piel muy descolorida, te falta bronceado para que te veas más linda...

Dio un paso amenazante. Miré a mi alrededor y no pude localizar algún objeto que me sirviera para defenderme.

—¿Sabías que aunque seas una muchachita, eres muy hermosa?

Se fue aproximando, instintivamente levanté un cojín para ponerlo sobre mis piernas, experimenté la necesidad de cubrirme, de sentirme segura. Y cuál fue mi sorpresa al palpar con la mano, sobre el sillón, bajo el cojín, el monedero de mi mamá. Sin él nunca sale a comprar. ¿Se le habría olvidado? ¿Y si fue así, por qué no regresó por él? Sospechando lo que había encontrado, el tipo sonrió, se rascó los granos que le cubrían las comisuras de los labios.

—Te dije. Tu madre no volverá. Al menos no por un muy buen rato.

El asqueroso sujeto se estaba excitando y pasaba su mano sobre el bulto de la entrepierna. A mí, que me encantaba contemplar los cierres abultados en los pantalones de los muchachos y adivinar lo que podría esconderse adentro, ni de chiste me daba curiosidad el tipo ese. Mi intención era correr, salir de la casa. El hombre cerró la puerta.

—Le pagué bien a tu mamá para pasar un muy buen rato.

Se arrojó hacia mí y automáticamente levante mis pies con fuerza para detenerlo, le pegué ahí, en los huevos, cayó haciendo gestos de dolor y de coraje. Corrí. Dejé atrás la sala, comedor, cocina, pasillo. Me encerré en el baño.

Ha pasado mucho tiempo, quién sabe cuánto. Ya no oí nada, ni pasos, ni ruido, parece que el miedo también se escondió. Oigo los gritos de mi mamá. Me toca en la puerta del baño.

—¡Cessy! ¡Cessy!

Salgo. Busco con la mirada al viejo feo que me había asustado mucho. La sensación de alivio me dura poco. Mi mamá tiene en su voz un tono raro, caminamos a la sala, ahí está, ¡de nuevo!, el hombre, sentado, con aires de indignación.

—Mijita, te vas a ir con este señor por unos días.

—No, no, no mamá, ¿por qué?, yo no quiero, no. Él me iba a hacer algo malo.

—Mi madre me toma por los hombros, tiernamente.

—Mi amor, tú sabes cuánta falta nos hace el dinero, don Manuel me pagó muy bien. Y me prometió que nos va a seguir pagado si lo visitas de vez en cuando.

El hombre se pone de pie y me toma también por los hombros. Junto con un grito, mis lágrimas se derraman.

—¡¡¡¿Y por qué no vas tú?!!! —le dije.

De sorpresa, una sonora bofetada me impacta y sacude mi amor materno, mientras mi comprador me carga en sus brazos y sale conmigo.

Continuará...

## En géneros se rompen gustos

Nunca imaginé que para poder comprobar una hipótesis con mis propios ojos, tendría que perderlo todo. Me refiero al tema de los gustos. A lo largo de nuestra existencia, éstos cambian, es sano y deseable porque es sinónimo de madurez. Siempre he pensado que nadie debería decir que algo no le agrada si antes no lo ha probado. Una afición se puede cultivar con voluntad y constancia, así, cualquier cosa que quizá por el momento no nos interese, pudiéramos llegar a apreciarla. Por ejemplo, hace años, cuando ingresé al Centro de Estudios Teatrales, no me atraía la música clásica; muchas puestas en escena que presenciábamos como parte de nuestra formación académica, eran ambientadas con estas melodías, y poco a poco, imperceptiblemente, se quedaba en los resquicios de mi ¿alma?, ¿intelecto?, hasta que un día, me descubrí deleitándome al escuchar a Beethoven, a Bach, a Brahms, entre otros.

¿A qué viene todo esto? Me refiero a Carlo, mi amigo de la infancia. ¡El bruto! ¿Es la sangre, el precio que debo pagar para estar seguro de que no me equivocaba? Hace dos años me reveló que era gay y que su papá, al enterarse de ello, lo había corrido de su casa; mas no me comentó que durante ese tiempo en que amablemente le abrí las puertas de mi hogar, estaba llevando una terapia para salir de la homosexualidad. Ni mencionó siquiera

que mi esposa Laura, como buena samaritana, lo estaba apoyando para que se educara en el maravilloso rol de ser hombre. Y fue tanto el encabronamiento que sentí al encontrármelos en mi recámara, que cuando tomé la pistola —yo nada más quería darles un sustillo—, no me percaté de la otra. Y ahora confirmo lo que siempre había pensado. A Carlo ya le gustan las mujeres (y yo pendejamente pensé que él estaba enamorado de mí), y Laura que era homofóbica, hoy por un ex-gay, fue capaz de matar a su propio marido, o sea yo. Bye.

## Antes del examen

*A Eliezer Garza*

Parece que llegué a tiempo. Sí, faltan quince minutos para que empiece the class. Qué poquita people hay. Aquella banca está sola, especial para repasar la lesson de ayer, con este sueño que tengo no me puedo concentrar. Hoy es the exam, debí estudiar anoche por lo menos two horas. ¡Y este mareo! Mejor ni me hubiera ido con aquellos dizque to study. La de jeans blancos que me presentó Jack, vale por three reprobadas. Qué bueno que mis jefes no me vieron cuando salí de home... la que se arma. Debo machetear aprisa now para pasar aunque sea de panzazo. Van a estar tres teachers cuidándonos, ¿acordeones?, ¡ni pensarlo! Además, con las pruebotas que nos pone el rucu ése... necesitaría toda una orquesta. Beautiful. Qué a gusto se está here. Esas plantas en los pasillos always me han dado una impresión de frescura y tranquilidad, alivianan un poco mi cruda. Qué buena onda la de los cuates que ahí las pusieron. A ver si ponen rosales, son very nice.

Los guys que están sentados también estudian, como si se les fuera a quedar en la mind lo que no se les quedó en tres months. Por eso mejor ni me hago menso, presento con lo único que sé y... ¡ready! A ver qué calificación obtengo, un nine ¡Ujule! Como si fuera tan easy. Y luego que se me hace bolas la lengua



en pronunciation. Abro my book, la primera page me lanza al rostro un heart con dos iniciales: L y R, Laura y Rodrigo, una flecha y un cupido. Cubro los dibujitos con rayas de pen y vuelta de hoja.

Por el pasillo del fondo viene una girl. Beauty. Pues qué trae esa crasy, camina como si estuviera oxidada. No está bad, se ve que tiene lo suyo: Delantera espectacular, defensa trasera en excelente estado, balance perfecto. No como otras, que parece que les estiraron de una parte y se les disminuyó la otra. Ahora ella mira for all sides como si se escondiera de someone, aquel vato viene tras ella, se lanza al ruedo, ¿qué quiere ese cabrón? Se detuvo y le está diciendo algo. Ya se fue, only le preguntó la hora, le falló la estrategia. La chava trae sus libros entre los brazos y los aprieta junto a su pecho. ¡Ay mamita, quién fuera tus books! Parece como si se quisiera hacer chiquita y no ser notada. Sus actitudes sospechosas aumentan mi curiosidad. What happen to you my love?

The sun se vierte por un ventanal, despidadamente se ha aproximado a ella. Le lame los pies. Pajareo y también le despisto. El astro rey ahora le está tocando las piernas con sus dedos ultravioletas. Se mete por debajo de su falda. Pinche sol, ¡siempre de cachondo! La morrita me recuerda a mi ex, caigo en la cuenta de que es igualita... Tiemblo y se me pone la piel de gallina. Who are you, preciosa?

Su face. La contemplo una y otra vez. Nadie la ve, sólo yo. Pone cara de sufrida pero no parece ser por el examen, ésta trae un enredo. Sus ojos sueltan un brillo que aumenta, son dos gotas cristalinas. «Cuando alguien cry es por algo», me decía un idiota. Bueno, ¿y ese stupid qué viene a hacer entre mis recuerdos?

Pienso aproximármele, pero no. ¿Qué le diré? Quién sabe.

¡Ya sé!, un cotorreos sabroso. ¿De qué? De lo que sea, de las clases de english, del curso en que va. Ya hay más people y ella ni caso me haría, después en qué ridículo me deja. Ahí está otro galán, sus miradas se cruzan. Va hacia ella, le sonríe. ¡Ya me la ganó!, se pasó de largo, qué good, qué imaginativo estoy.

La vieja está temblando, desde acá se nota, pero no hace cold. Su cabello se desliza desde su cabeza, como si llorara también. Ya se va. Qué gacho. Y yo aquí como baboso, voy a alcanzarla. Ah no... Se escondió bajo las escaleras. ¿Descubriría que la estoy viboreando? Ya no está al alcance de mis ojos, pero sus rasgos se quedan dibujados en mi mente. Un bostezo hace de mis párpados telones de plomo.

Entonces mis sentidos se esfuman a un lugar donde no existe el tiempo. Ahí la veo, está gritando. Angustiada extiende su mano y me pide ayuda. Huye de algo no muy claro, un bulto negro, se mueve velozmente y adopta diversas formas, se transforma en un par de conchas gigantescas color de piel que lanzan rayos de mar blanco, luego en lenguas de serpientes venenosas que la alcanzan y la torturan introduciéndose a su cuerpo por todos los lugares posibles. Gritos de parto. Soy el culpable de su sufrimiento, ella me lo reprocha... son tan igualitas... no me lo perdona, una sacudida tremenda hace que me duela el pecho. Después voy tras los fantasmas que incendiaron aquellos días de campo, cuando íbamos a nadar con los muchachos del barrio, y las noches en el antro, donde las luces de la disco nos embriagaban y vivíamos el amor a todo volumen.

Como la vez que nos pasamos a la plaza y en el camino rayamos los coches con fichas de refrescos. Bajo el mini-bosque del parque hicimos un baile a todo dar con la grabadora del Escurrido. Recuerdo que nos trepamos a los árboles que protegían la

zona. Pero de pronto a Laura le cambió la cara, se convirtió en la señora gorda de la que no me quería acordar, con su sombrero rojo y toda la cosa. Esa vieja panzona me quería entregar con mis padres, les fue a contar de las noches que estudiábamos. Mi padre, con la cara de fuego, trae un látigo de rayos láser, me lo recrimina. Arriba, sobre las nubes, el violeta es más intenso que otras veces, por primera vez veo el cielo retumbar con rumores de voces inaudibles, esas que siempre están ahí sofocando la diversión. ¿Son las culpas?

Me le escapo a la panzona mantecosa que me tenía bien sujetado, me obligaba a tomar entre mis brazos al feto muerto. Corro con los demás. Laura corre dejando resbalar su sangre entre las piernas, el Esgurrido, Jack y Melsman en una frenética carrera. Esa señora botijona aparece de nuevo frente a mí, le tomo de su grueso brazo; por soplona la arrojo a lo alto y cae pesadamente muchos metros lejos, explota al tocar el suelo. Llanto de niño. Todo se tiñe de rojo. Hay un pedo loco, ruido por todos lados. Gritos. La gente sale de sus casas y escapa asustada, los polis y mis padres me llaman por enormes bocinas, el aullido de las sirenas me enloquece, me irrita, estalla en mis oídos, alcanza un volumen desquiciante, siento miedo. Logro ver cómo los policías revisan mi carro. Llevan unas bolsas de plástico transparente y meten en ellas algo que sacan del auto, uno de ellos me apunta con su pistola, un disparo parte en dos el chillar de las sirenas, las deforma. Un timbre que insiste me estremece, explosión, rumores, luz cegadora, bostezo, las figuras se reflejan borrosas y van desapareciendo poco a poco. Las sirenas... el timbre... las voces...

El murmullo vuelve tras las siluetas de gente con expresiones de terror, enmarcados todos por una luz que lastima mis ojos,

JOSÉ JULIO LLANAS

cada quien va a su salón, los pasillos de la escuela se han vaciado y yo estoy aquí aturdido. Más bostezo. ¿Y la chava? what is she doing there yet? Si se fue tras las escaleras para ocultarse, que salga, ya no hay nobody. Mis párpados me recuerdan la party. Allá voy. Tan a gusto que estaba ahí sentado. I have to go with her. Mejor no, mejor le llevo al examen. Ya están todos adentro, seguro que el teacher ya repartió los exams. Ahorita no me siento nada happy. Voy a tronar, I know. Y mi progenitor me va a colgar de los wevos. Stupid boy.

Tengo que verla por última vez antes de entrar, le voy a mandar un guiño de ojo y un kiss por correo aéreo. Volteo para verla. Un horrendo escalofrío azota mi cuerpo, pues con la mirada de extrañeza, una señora very fat con sombrero rojo, me sonrío amenazante bajo las escaleras.

## Los buenos somos más

*A Jorge Chípuli*

Cristinita Fernandez se sentía la niña más horrible del mundo, por lo que se mantenía escondida en casa sin querer asomar la nariz fuera de su cuarto, «me dirán que soy fea», argumentaba. A través de las redes sociales, dejó entrever su idea de suicidio. El caso atrajo el interés de la prensa. Psicólogos, sacerdotes, pastores evangélicos, trabajadoras sociales, activistas y artistas, quisieron ayudarla. Con frases como «La vida es bella», «los buenos somos más», «yo soy #132», fue disuadida de sus «pensamientos enfermizos», consiguiendo que aceptara salir de su aislamiento. Por fin, entusiasmada, en su nueva confianza, puso los pies en la calle y comenzó a caminar. La gente volteaba a verla y decía: «¡Pero qué mona!», «¡qué curiosa!», «¡qué bonita changuita!». Se suscribió una nueva patología psicológica; los curas la quisieron exorcizar; los protestantes evangélicos anunciaban que ahora sí, era inminente el fin del mundo; el gobierno aceptó inaugurar el programa «Pensión Vitalicia de Emergencia a la Desesperanza» siendo la niña la primera beneficiada con cuarenta pesos mensuales; los activistas la tacharon de «vendida» por querer «desviar la atención» del fraude electoral; su máscara se puso de moda la noche de halloween; por su parte, al desaparecer la

JOSÉ JULIO LLANAS

pequeña y no saberse más de ella, el Conaculta estableció en su honor el «Premio Nacional de Cuentos de Horror Cristinita Ferdinández». Consulten las bases en internet.

## Ponchito

*A José de Jesús Talamantes*

Un rayo de miedo la sacude cuando advierte entre la turba el rostro del odio. El escalofrío la sorprende, incrédula aguja la vista, entre las personas percibe el caminar de sombras perversas. Un dolor agudo se clava en sus sienes. A pesar de la lejanía puede palpar el maleficio que hormiguea sobre los gritos de furia y algo indescriptible, pero que intuye nocivo, se restriega en su interior. Desvía los ojos para confortarse con la figura de su esposo, la busca con la mirada. ¿Dónde estás? Él aún no aparece, fue a ponerse otra ropa, le había dicho: «en esta ocasión es imprescindible para enfrentar a la enardecida muchedumbre». Por fin él llega. Ella lo mira meditabunda. «Eres un fanático de la limpieza, esa maldita pulcritud que te acompaña siempre. Apenas encuentras una mancha en la ropa y te cambias de inmediato.» Observa a su esposo aproximarse a la ventana como intentando calmar sus entrañas. El clamor de la gente desvirtúa el sosiego. ¡Tantas personas fuera de palacio escupiendo condenas! Es cuando el título que otorga la política pareciera estar atado a él con sus propios nervios. Entre la resignación y un mal presentimiento, ella corre a abrazarlo.

—Ponchito, querido. Ya te conté mi sueño, toma en cuenta

mis temores.

—¡Bah! Tonterías. ¡Tú y tus supersticiones!

Se retira de ella molesto, titubeante.

—Hace mucho que dejé de creer en los augurios.

¿Y si ella tuviera razón? No, ni pensarlo. Para no contagiarse de temor, se sumerge en las páginas anteriores de su vida, muy lejos. Afuera los gritos se elevan y ella echa un vistazo para martirizar su fe y lo único que logra es reafirmar el mensaje de su sueño. En sus manos ha caído el futuro del mundo. Se sobrecoge al pensar que de no hacer lo correcto, se encienda la cólera de algún ser divino... y al hacerlo, la de un demonio.

—Mi amor, Ponchito ¡Esa gente está loca!

Él ya no se encuentra ahí, su mirada se ha perdido en la búsqueda de su niñez. Pudo comprobar que su memoria conserva todavía las dimensiones de siempre: Longitud y latitud infinitas. En aquel espacio enorme y sin tiempo, aún se encuentra el palacio de hace más de cuarenta años, con todo y aquel último aposento, y dentro de él su madre, enclaustrada, con el mismo rostro incoherente, reflejo de una paz fantasmal que aparecía únicamente cuando ella bordaba manteles blancos para decorar todos los rincones del castillo. Su tranquilidad hueca sólo le servía para premiar o castigar —con frialdad— a la servidumbre. Las escenas palpitan con amargura en sus recuerdos, con nostalgia, como las veces en que aprovechaba el atareamiento maternal para escurrirse de su vigilancia. Corría a sumergir toda su infancia en las divertidas aguas del río. Después, la competencia de los monumentos de lodo. Primero ponía tierra en un hueco con agua que él mismo habría en el suelo y mezclaba para formar la pasta. Luego, la diversión era infinita al lanzarse bolas fabricadas con el fango aquel. Días inolvidables. Aunque



después, su madre, percatada de que su hijito ya no estaba en su habitación, se despojaba de la paz tejedora de mantillas y rompía el encanto a gritos y golpes.

—¡Ponchito! ¡Ponchito! ¡Mira nadamás cómo estás!... Anda, corre a lavarte las manos.

Era el grito de su madre, «lávate las manos», siempre lo fue. De día, de noche, «lávate las manos», debía hacerlo como una obligación impostergable que se convirtió en un ritual sagrado. «Las manos limpias o no hay cena». Si lo olvidaba venían los azotes, innumerables, terribles. Recordó su llanto de niño, la voz interna casi imperceptible, pero que le refrescaba la memoria para acudir al agua, donde sumergía las manos temblorosas. Las fuertes voces lo absorben, librándolo de sus pensamientos, pero no de la huella plasmada por su madre. Su esposa se aproxima.

—Ponchito, amor mío, quieren que salgas.

Ella se estremece al recordar su sueño, tan vivo, tan presente. Y él, su esposo, tan delicado, tan limpio en extremo... pero lo ama, no puede abandonarlo. ¿Y si es verdad? ¿Si ese hombre es un enviado de los dioses? Sale y el estruendo de los gritos parece tragárselo. Las voces crecen y golpean sus oídos como un rugido del infierno.

—Gobernador Poncio Pilatos... ¡Crucificalo!

## De horóscopos y pelones

*A Hilda Yolanda Montemayor*

Tengo un amigo que nunca sale de su casa si antes no ha leído su horóscopo. Desde que lo conozco no deja de buscar en cuanta revista cruza su camino, lo que le tiene predicho su signo zodiacal. Incluso hace poco compró un librito especializado en esos temas. La publicación contenía un tratado completo sobre astrología, desde su historia hasta los rasgos propios de cada signo y la suerte diaria del año en curso. Mi amigo leía todo esto como para aprenderlo de memoria, lo cual comprobé después al ver que ya se sabía su número de suerte, su color, el planeta que lo dominaba, su piedra, flor y órgano débil, sus gustos y tendencias, pero sobre todo, sus signos compatibles e incompatibles. Un día llegó a mi casa con el susodicho ejemplar y me mostró la parte donde decía que Tauro y Acuario eran signos incompatibles. Me dijo muy serio:

—Tú y yo tenemos signos que no se llevan.

A pesar de sus boberas me caía bien, por eso le dije que estaba loco.

—Pero así es. Lo dice el horóscopo —me contestó.

Dejé ir una carcajada, él estaba tomando muy en serio el juego del zodiaco, se lo hice ver, guardó silencio y sentenció:

—Desde el momento en que no me entiendes, se afirma la

incompatibilidad prevista por mi horóscopo.

Se marchó y yo me quedé con la boca abierta.

El, en lo posible, evitó todo trato conmigo, cuando lo buscaba en su casa, se negaba a salir. Lo veía pasar y a donde fuera, su librito astrológico lo seguía. Era su manual de consulta para decir, caminar, jugar, estudiar, tomar el autobús, respirar y todo. A cualquier persona con la que hablaba, le hacía la pregunta de rigor: «¿Cuál es tu signo?» La otra vez su horóscopo le recomendó dedicarse a vender terrenos funerales, cosa que hizo inmediatamente, y para efectuar una venta, los posibles clientes debían tener un signo zodiacal compatible al suyo. Una noche tuvo una fuerte discusión con sus padres porque no los había dejado entrar a la casa cuando llegaban del trabajo. Él se hallaba encerrado con candado y tranca al leer que Acuario predecía: «Una visita inesperada te hará pasar momentos muy desagradables». El papá le gritaba que se estaba volviendo demente, después mi amigo se convenció que la profecía de Acuario había resultado cierta.

Recomendé a su madre llevarlo con un sacerdote, a lo que él accedió, pues ese día las estrellas le deparaban una entrevista espiritual. El cura, con biblia en mano, le mostró cómo Dios condenaba las prácticas astrológicas. Después le llevé una revista científica donde se mencionaba que la astrología era una pseudociencia de la antigüedad, originaria de Babilonia, además sin fundamentos, resultado de la ignorancia reinante en aquella época. Le dejé la revista y me fui.

Al día siguiente lo encontré más dispuesto a escucharme. Con estadísticas y números, le mostré mis apuntes: «Al mes nacen en promedio alrededor de 83,333 personas, todas ellas

bajo el mismo signo zodiacal, y por ende, con destino común marcado, lo cual es absurdo. Igualmente ridículo sería aceptar lo que la astrología propone, que sólo hay doce destinos para la humanidad, doce personalidades, doce gustos, doce metas».

Mi amigo se quedó callado, su rostro emitía destellos de confusión; más, cuando le mencioné que el creer en supercherías y no en uno mismo, podría significar un serio problema de desajuste interno. Pasó el tiempo. Lo que me dijo su mamá afirmó que el esfuerzo no había sido inútil; él ya no creía en los horóscopos. Había quemado el librito aquel y ya éramos amigos como antes.

Una tarde me invitó a su casa para darme las gracias por todo lo que había hecho por él. Al llegar pude percibir un fuerte olor a flores quemadas, sobre la estufa una olla humeante me hizo agua la boca, si era chocolate, implicaba sus respectivos penecillos o galletas. Mientras ponía las tazas sobre la mesa me decía que los horóscopos eran un fraude y que en realidad él nunca los tomó en serio. Cuando sirvió el líquido, me di cuenta que no era chocolate, sino una infusión de laurel con amaranto, según dijo, que por cierto ni tomé.

Se la pasó hable y hable frases extrañas sobre un tal Karma que siempre nos da nuestro merecido, una doña Reencarnación que nunca nos deja ir al cielo, sobre nuestras vidas pasadas y bla, bla, bla. Cuando se distraía, yo ocultaba en mi bolsillo una galleta de soya, pues me iba a dar vergüenza dejárselas todas en el platito. Y al retirarme no me quedó más que decir: «¡Las galletas estuvieron deliciosas!» Me fui de ahí con los bolsillos mantecosos y con una caja de galletas de soya como regalo para mi mamá.

La última vez que lo vi fue en el camión entre una bola de

chiflados. Aunque al principio no lo reconocía, su boba mirada lo delató. No supe si morirme de risa o hacer coraje. Con la cabeza a rape se veía más orejón, portaba un chongo arriba de la nuca y su túnica rosa lo hacía verse un poco chistoso, pero nomás tantito. Se aproximó a mí y me saludó, le hice ver que su calva a manera de pista de patinaje, le permitiría a sus piojos practicar dicho deporte, me respondió que todos ellos ya habían resbalado trágicamente al precipicio. Inmediatamente puso en mis manos un ejemplar del Bhagavadgita y una barra de incienso de sándalo y me dijo: «Te invito a ir tras la verdadera iluminación para entrar en el reino de lo Supremo, como yo», le iba a contestar pero me dejó con la palabra en la boca al percatarse de unas chicas pechugonas —muy buenas por cierto— que estaban a un lado, y se les lanzó para cotorrearlas, sí, de seguro él ya iba en ese camino; luego se reincorporó al grupo de pelones con cara de foca que repartían libros. Bajé del camión, que se alejó por la avenida esparciendo cánticos desafinados: «Haré Krisna, Haré Rama, Haré, Haré...»

## Sin bendición

Mi tío Juan es muy bueno, cuando nos visita siempre me trae dulces, él viene seguido y nos da regalitos, a veces le obsequia dinero a mamá. Me gusta que esté aquí. Ella se pone muy feliz, se arregla bien bonito y canta todo el día mientras aseaa la casa. Al llegar mi tío me da un besito, platica conmigo, a veces se me queda viendo muy pensativo, me abraza y me pregunta que cómo voy en la escuela; es maestro, algunas cosas que yo no entiendo, él me las explica. Papá no hace eso, ni me besa, nunca me ha abrazado, sólo sabe decir cosas feas, no platica conmigo, por eso quiero mucho a mi tío.

Mamá dice que no le diga a papá que viene su hermano, porque se enoja y grita tanto que hasta me da miedo. El otro día dijo que me hiciera hombre, que no anduviera jugando con mujeres cuando vio que Licha y yo estábamos machacando hierbitas para ponerlas encima de la tortuga, también me dijo eso porque no me junto con el Toño y el Júnior que les encanta matar mariposas y sacarle los ojos a los gatos.

Por la tarde, mamá se pintó bien chula, se lo hice ver, contestó que se puso así para cuando llegara papá, él estaba trabajando, en eso llegó mi tío Juan, me ordenó que apagara la televisión y me fuera a dormir. Con mucho coraje me fui a mi cuarto,

dije el Padre Nuestro porque ya me lo sé, le pedí a Diosito que cuidara a mi tío porque es muy bueno, ¡ah!, y que me regalara una tele para mi cuarto. Esperé a mamá, ella siempre me da la bendición antes de dormir, pero no vino, me asomé para hablarle, entonces escuché a mi tío que le decía cositas en voz baja, alcancé a oír «querida» y «mi amor», eso sólo se lo escuché a papá hace mucho tiempo. Mi tío abrazó a mamá y se fueron a la recámara. No me dormí, aproveché para servirme un vaso de nieve. Mi tía Luisa me asustó al entrar a la cocina.

—Juanito, ¿por qué no te has dormido?

—Porque mamá no me ha dado la bendición.

—¿En dónde está?

—En la recámara.

—¿Está tu papá?

—No, está con mi tío Juan.

Nada más lo mencioné y mi tía corrió al cuarto de mamá con los ojos saltados de la cara; es un poco enojona, yo creo que por eso se puso a gritar como loca, hizo mucho alboroto, no pude saber qué le decían mamá y mi tío, entonces alguien lloró, parecía mi tía Luisa; según ella, sospechaba eso desde quién sabe cuándo, que mamá iba a ver y que quién sabe qué.

Ahorita estoy muy asustado, el relajo que hizo mi tía lo continuó papá, gritó bastante, la golpeó, ella balbuceó llorando «perdón, perdón...», él habló muy feo, como unos güercos que nos gritan groserías a los niños que venimos del catecismo. ¡Cómo me gustaría ser grande para pegarle a papá y que nunca más la vuelva a tocar!

Después papá sacó la pistola de la caja fuerte, salió de casa y mamá detrás de él dando enormes aullidos, ella trataba de detenerlo pero él la empujaba hacia adentro, entonces lo dejó

ir, tomó el teléfono para llamar a una amiga, le suplicó que viniera, que se había armado la grande, ni siquiera colgó la bocina y salió corriendo.

Al ratito las mamás de Toño y Junior vinieron, me trajeron pastel y refresco, me hablaron como a un bebito:

—No llores Juanito, a ver, ¿tienes sueño? —con una tonadita muy empalagosa.

También llegó la amiga de mamá a cuidarme; un poco después, mi tía Luisa no contestó a mis preguntas y me trajo aquí, a la casa de mi abuelita, luego volvió a irse. Tan chistosa que se veía haciendo esos gestos y toda vestida de negro.



## María del diablo

Ahí estaba Candy, con la boca abierta, mirando de un lado a otro como para encontrar un lugar donde no estuviera presente el Miedo. En su pupitre ya había mucho, por eso quería moverse de ahí, salirse del aula, correr... Pero tenía un presentimiento: a donde fuera, el Miedo —que ya había invadido esa zona del salón— la seguiría.

En realidad Candy se engañaba a sí misma, más bien el Miedo era como una sombra expansiva que se iba posesionando de todas las alumnas [en contra de su voluntad consciente (de las alumnas)], se les metía por cualquier lado, las ultrajaba sin compasión, era una violación colectiva que en el fondo les agradaba, todas eran cómplices pues pese a la incomodidad de sentir sus agresivas sacudidas, les resultaba placentero, ellas querían ser apoderadas y estaban dispuestas a que el Miedo las hiciera suyas: su voluntad inconsciente. Si no fuera así... ¿Por qué estaban tan atentas oyendo el relato de Sor Emelia? Se erizaban con cada frase que la monja saboreaba macabramente entre sus labios. Para ella, era preferible que sus niñas fueran las amantes del Miedo que las amantes del Diablo y con cada palabra procuraba personificar en sus almas el terror que las protegería de Satán.

—Muchachitas... el demonio existe y está presente en cada rincón, en cada centímetro cúbico del espacio en el que se mueven.

La monja permitía ver una sonrisa descompuesta mientras miraba al frente sin ver nada, sus ojos se internaban en la historia para resucitarla frente a sus alumnas.

—Esa noche, la noche más horrenda para María, su madre no pudo evitar que ella fuera al baile. La perversa chamaca desobedeció a Dios y a sus padres porque estaba cegada por el demonio de la lujuria.

Sor Emelia asentaba las palabras con sus manos y los gestos del rostro lanzaban a lo más profundo las tinieblas de la culpa.

—La madre de María sabía que las discos son las antecámaras del infierno, que los bailes en esos lugares están llenos de hombre pecaminosos con mil vicios y bajas pasiones.

Candy veía salir de ese relato, hilos escalofriantes que la enredaban, que la hacían parte de la narración, era como vivirla. Y en cada pausa, Sor Emelia añadía un nuevo ingrediente que sazonaba el cuento.

—Ya en la disco, la desobediente muchacha bailaba con cuanto hombre se cruzaba frente a ella. Completamente ebria se dejó seducir por un extranjero. Un hombre tan bien parecido como estrella de cine, tan elegante... inmediatamente la deslumbró, bailó con él toda de la noche.

La parte romántica no podía faltar, igual a las novelas semieróticas que las muchachas acostumbraban leer a escondidas.

—El hombre la acogía entre sus cálidos brazos y la acariciaba con frases maravillosas que ningún otro hombre le había dicho. Cuando el desconocido le comunicó que era millonario, ella ex-

perimentó un alocado enamoramiento. El extranjero inflamaba de lujuria el corazón de ella con cada caricia, con cada beso.

Las jovencitas abrían mucho los ojos, pretendían ver entre las palabras de Sor Emelia las escenas del relato dibujadas en el viento, tan reales como las veía la religiosa.

—El extranjero condujo a María hacia el exterior de aquel asqueroso antro, se instalaron en el jardín, ahí donde se escondían los espíritus malignos. Ambos se tiraron en el pasto entregados a lascivia. Frente a los ojos de los ángeles malos, aquel desconocido la poseyó con agresividad, violentándole su virginidad y la poca decencia que le quedaba. María sintió la piel ardiente del muchacho quemarle las entrañas.

Sor Emelia estaba satisfecha, su historia había llegado al clímax, podía sentir la excitación de las muchachas. Era necesario que ellas llegaran a ese estado, en seguida daría un golpe certero, el golpe final.

—Después de haber disfrutado los placeres prohibidos, María y su hombre regresaron al baile. Dentro de la disco, el extranjero se quitó la máscara y manifestó frente a todos su verdadera identidad.

La monja intensificaba su discurso, masticaba con fuerza las frases una a una. Las exprimía para dejar un bagazo de palabras con el cual había enredado a las jovencitas como en una telaraña.

—La música fue acompañada por una estridencia demoniaca. Todos bailaban. La pecadora desvergonzada se aferraba con fuerza al cuerpo de su compañero. El efecto de las luces policromas comenzó a doler en las retinas. Entonces María percibió un aroma extraño que incomodó a todos. El extranjero, el desconocido soltó una fuerte carcajada. Ella completamente desconcertada,

quiso soltarse de él, mas no pudo, sentía su espalda como pegada a la mano de aquel hombre, una mano tan dura como el acero. Para este momento ella ya estaba aturrida.

—La gente dentro del local, vio en ese individuo algo que les llamó la atención: su cara, sus ojos, se transformaban. Un hedor a azufre contaminó el lugar, el terror los ahogó cuando vieron en ese sujeto el rostro del averno. Ojos que destellaban sangre. María fue violentada por el pánico. La mano del mismo Satanás en su espalda se puso caliente, un calor que aumentaba. Ella luchaba, lo golpeaba, quería sacudírselo, salir. La multitud gritaba y corría entre la oscuridad, el nauseabundo ser se transfiguró, inflamó su cuerpo, su mano se incendió y quemó la piel de María que se desmayó de dolor en medio de la pista de baile, mientras muchos morían pisoteados, aplastados por su propia perversidad.

—Entre el caos, la deshonrada joven escuchó una voz malévola antes de que él desapareciera, sólo una frase pequeña, pero que bastó para marcarla por siempre, «Tú eres mi María, mi amante. Eres María del Diablo hasta la muerte eterna».

Con las últimas palabras, Sor Emelia lanzó un escalofrío a los cuerpos de las muchachas, ellas lo sintieron entrar por la cabeza y erizarles la piel plácidamente.

—Nuestra protagonista, María, desde entonces, carga la marca de Belcebú. Ella tiene que ocultarla siempre con vergüenza, con dolor. Sabe que es de él, es la amante de Satanás.

Sor Emelia termina su historia. Las alumnas han quedado hipnotizadas, sin moverse. Con dificultad Candy logra ponerse de pie y sin dejar de acariciar su pelo pide permiso para ir al baño. Su tersa piel deslumbra mientras sale del salón con pasos torpes. Sor Emelia también lo abandona después de despedirse

de su grupo. Su amplia sonrisa de satisfacción va oscureciendo los iluminados pasillos del colegio. Por fin llega a su aposento. Ha cumplido una vez más. Se quita los zapatos para liberar sus pies cansados. Frente al espejo, desabotona su hábito, la misma rutina de siempre. Ahora le toca el turno a la blusa, se la quita despacio, sin ánimo. El paso siguiente es abandonar el sostén en cualquier lugar del cuarto. Con sus ojos acaricia su imagen: de frente, de perfil, su busto caído le recuerda que se ha ido el tiempo. Da la espalda al espejo y se encamina hacia la cama donde la esperan.

—Vamos, Sor Emelia, la necesito.

Sor Emelia sube a la cama, sonriente, mientras Candy la recibe con caricias; la chica, desesperada, ávida, lame la espalda de la monja, como queriendo contagiarse de aquella horrible mancha negra con forma de mano.

## La manía de Olivia

¿En qué momento Olivia adquirió ese asqueroso hábito de comerse los mocos? No lo sé. ¡Mi esposa! ¿Con una manía? Una mujer tan plena de virtudes. Con tono molesto, su jefe vino hasta mi casa y me asaltó con soflamas. Fue quien me lo hizo notar, también quien me sugirió la terapia psicológica, ya que según él, el comportamiento inadecuado de mi esposa había llegado a trastocar el desempeño del trabajo en la oficina. A mí no me consta pero continuó reclamando: «...perdimos muchos clientes que atendía debido a las incomodidades que ella les ocasionaba». La acusó de vieja chiflada, deschavetada, maniática y demás. Por supuesto que no le ofrecí una posición transigente y muy molesto se retiró ululando maledicencias. Definitivamente debía apoyar a mi esposa y lo acusé de infundioso. Considero que exageró al despedirla, fue una real abyección, pero sé que así son en las empresas. De todos modos... ¡Claro que cuando el tipo se fue le proporcioné una soberana regañina! ¿Cómo se le ocurre comer moco?

Quise seguir el consejo del exjefe de Olivia. Para convencerla de ir al psicólogo, le mencioné que debía demostrar a través de una autoridad establecida que todo estaba bien en ella y que

los demás se equivocaban. La terapia no le caería nada mal (me equivoqué), y si había un detalle extraño, debía revisarse. El doctor le recetó antidepresivos para coadyuvar a controlar sus impulsos, pero el medicamento sólo la agravó. Su ansia por mucosidad era inaplacable. Bastaron tres meses para que el loquero determinara que mi mujer necesitaba ser internada en un hospital psiquiátrico pues muy desesperado, él se declaraba incompetente. Mi diagnóstico sobre el galeno: Negligencia. ¡Qué patético para un médico! Basar su valoración en un sofisma. Y con sofisma y todo lo mandé a freír espárragos. Ahora analizo las cosas con amplia visión. ¡Si es sólo una bagatela! Cuando Olivia cumple su pequeño cometido (extraer los mocos y comerlos), luego se sosiega hasta adquirir una actitud taciturna. Claro que si uno trata de evitar que lo haga se pone muy necia y es cuando se sufre.

En este mismo instante estoy en la cama y pienso que no es tan grave. Mucho menos eso de la «invasión al espacio vital». A veces la gente es muy escandalosa ante las futilidades. Mientras ella encima de mí me hace el amor como una loca, descubro que me excita bastante el hecho de que urge en mis fosas nasales en busca de algo para comer y eventualmente lo encuentra. No hay que resistirse (porque entonces si lacera la nariz como decía su exjefe), sólo dejarse querer. Debo confesar que en un momento dado quise reprenderla a coscorrónes... Es que me ofusca. ¿Cómo se le ocurre merendarse las flemas de otros? ¡Es antihigiénico! Que cada quien coma sus propios fluidos. Cuando ella obtenga una mucosidad de alguien, debe regresarla de inmediato e introducirla en la boca de ese alguien, así como ayer se lo mostré yo para que aprenda. ¿Transtorno? ¿Patología?

JOSÉ JULIO LLANAS

¿Vicio? Quizás. Pero... ¿Quién no los tiene?



## El secreto de la vida

*A Ángeles Ochoa*

Después de cruzar el Atlántico en una barcaza desde México y llegar a la tierra meridional, subí a pie el monte AyiMala para llegar a la ciudad casi secreta donde el famoso gurú Arrimáh Melóh revelaba el secreto de la vida. Ante los interminables kilómetros de caminata por aquellos sinuosos senderos, no pude más que alegrarme al no haber olvidado calzar mis fitness step y llevar mi gatorade.

Por fin llegué a aquella extraña villa tan sui generis. En ese lugar debía encontrar el monasterio donde residía el gran sabio Arrimáh Melóh. Poseía una atmósfera peliculesca que me recordó a Indiana Jones. Se trataba de una ciudad sin edad, de calles empedradas que dejaban ver construcciones con fachadas de mármol blanco, arcos, puertas circulares y aceras atiborradas de palmeras. Bandadas de changos corrían de un lado para otro trepando bardas y árboles por doquier.

Pero lo que más llamó mi atención fue su gente. Era como un desfile de moda universal: Pude ver personas portando atuendos egipcios, hindúes, musulmanes y chinos. Todos tenían una curiosa particularidad: Casi todos caminaban cojeando y otros pocos a pasos muy lentos. Animándome a deleitar mi curiosidad, me aproximé a una fea mujer de estatura baja, casi enana y aspecto

huraño. Cuando yo aún iba caminando, la cuestioné.

—Disculpe buena mujer, ¿existe algún riesgo de contagio en este lugar? ¿por qué todos caminan cojeand...

No pude terminar la última palabra. Mi pie derecho se incrustó en la hendidura resultante entre dos piedras boludas. Caí de bruces, doblegado por el filo de un intenso dolor en el tobillo, abochornado quise incorporarme con prontitud, mas no pude. La mujer ni se inmutó.

—No todos cojean, si se fija bien otros van con el hocico partido. Y no son mujer pendejo.

Me alejé como pude con un esguince en el maléolo, cojeando y con el hocico partido. Llegué a la esquina donde había una larga fila de personas. Abordé a una joven dama.

—¿Sabe dónde queda el monasterio de Arrimáh Melóh?

—Es éste. Si lo va a consultar, haga fila.

—Yo creí que ésta era la fila de las tortillas.

Fueron horas de espera que sirvieron para ir calmando los dolores de la caída. Me tomé un naproxeno mágico de los que dan en el IMSS y santo remedio. Bendito IMSS. Una escena que se repitió fue ver salir a las mujeres con una amplia sonrisa de satisfacción. Los de la fila decían que ellas buscaban quedar embarazadas. Por fin llegó mi turno. Recorrí un largo pasillo. Al entrar a una pocilga que tenía como habitación, el ambiente oscuro que se respiraba era indescriptible. El gurú era un hombrecito que me miró desde su eterna posición de flor de loto, rodeado de velas aromáticas e inciensos orientales... Y con un ademán altivo, me ordenó que me postrara. No pude evitar la repugnancia al notarle algo de fluidos seminales entre sus piernas.

Su voz aguda pero imperante me susurró: «Qué te trae por

acá hijo». A lo que le pregunté sin rodeos pero tímidamente: «Maestro... ¿Cuál es el secreto de la vida?»

Con gran indignación, clavó su mirada sobre la mía, provocándome un dolor en las sienes.

¿Qué pregunta es la que he escuchado?

Pensando que quizás el gran maestro iluminado pudiera padecer alguna deficiencia auditiva, repetí la pregunta.

—Maestro, insisto, ¿cuál es el secreto de la vida?

Su mirada se volvió turbia, de plomo, agudizó el dolor que se extendió de mis sientes a la cabeza, su vista era como un golpe en el estómago que me causaba náuseas (aclaro que eso a lo largo de mi vida, sólo me lo ha podido causar mi suegra) y me da pena decirlo, la dilatación de mis esfínteres por lo que deje escapar un enorme y sonoro pedo. Arrimah Melóh lo aspiró profundamente como tratando de descubrir información mía en los aromas de mi ventosidad. Tras parecer adivinar algo, se incorporó dando algunos pasos hacia mí y sentenció:

—Lo sabía. ¿Acaso puede pretender un no-iniciado impertinente como tú conocer el secreto de la vida?

Y tenía razón. Conociéndome yo, tan atrevido, quise añadir un dato que pudiera convencerlo de empapar me de su sabiduría.

—Señor, tomé un curso de metafísica por internet.

Sorprendido, abrió mucho los ojos, lo que lo hizo parecer caricatura japonesa, luego hizo un largo silencio...

Y entonces continuó: «El secreto de la vida es... la vida del secreto».

Mi rostro quedó con expresión de perplejidad, lo que acababa de oír era muy mucho demasiado profundo. Luego, el maestro

añadió: «Descifra esa paradoja y te convertirás en el séptimo iluminado». Después de decir eso, me dio la espalda y se alejó. Desesperado, me levanté y corrí a alcanzarlo, no podía haber ido inútilmente hasta aquella ciudad lejana que ni siquiera aparecía en los mapas, caer, sufrir de un esguince y partirme el hocico para quedarme sin respuestas.

«Maestro, permítame insistir... ¿Sería tan amable de descifrar-me la paradoja? Tengo mucho trabajo; muchas fiestas; están los divertimiércoles, los juebebes, viernes social y sabadito alegre; debo ir... bueno, al Barrio Antiguo ya no, allá de Monterrey, por culpa de las balaceras, pero hay una nueva modalidad que se llama antro-en-tu-casa, se pone chido; de día me la paso recuperándome de las crudas desveladas; además de las idas al cine, ¿sabe?, soy cinéfilo y no tengo tiempo para dedicarle a la reflexión de sus sabias frases».

El maestro reaccionó muy molesto ante mis francas palabras, iracundo me tomó del cuello para sacudirme.

—Está bien, te daré lo que quieres...

Al escuchar que mi agobiante faena no resultaría infructuosa, me habría desbordado de emoción, de no ser porque el maestro me seguía encajando sus dedos huesudos mientras me salpicaba con su hedionda saliva. Indignado, con una fuerza inconmensurable me arrojó a un cuartucho que antes ni había notado, caminó hacia mí amenazante y con cara pillina, se arrancó el diminuto taparrabos y frotándose sus partes nobles sentenció:

—El secreto de la vida es... el caldo de pollo.

# CUENTÚSCULOS



## Homicidio imprudencial

Créame, oficial, yo no la maté. Aún no terminábamos de discutir, cuando cayó al piso con esa herida en el pecho. Siempre me han dicho que tengo la mirada muy penetrante.

## Cosas de fanáticos

*A Macario Hernández*

¿Y qué querían? Nos gusta el fútbol. Se exaltaron las pasiones y ya con cheves encima... Mi equipo iba ganando, él no sabe perder y lo insultó. A mis ídolos nadie los ofende. Lo pendejeé para callarlo. Me dio un empujón. Yo a él. Luego un golpe. Otro. Y así. Lo bueno es que ya nunca más va a volver a decir estupideces. Lo malo es que de una patada mandó a la chingada mi consola de videojuegos.



## Inscripciones abiertas

Atención profesionistas y ejecutivos: Aprendan a repartir su concentración desarrollando la capacidad multitareas propia de la mujer. Próximo curso intensivo. Precios especiales para travestis y transgénero.

## Buen síntoma

Desde el piso y por tu cama, un caminito de hormigas busca llegar a tu frente. Me alegro por ti. Terminó tu pesadilla, hoy comienzas los dulces sueños.

## **Aviso clasificado**

Se reparan bicicletas de todos los siglos, TV de bulbos, radios de transistores, fonógrafos, dirigibles, astrolabios, potros, doncellas de hierro, cinturones de castidad y máquinas del tiempo. Llame ya.

## Bebida chatarra

*A Ruth Rojas*

Ni esperen que vaya a salir a jugar con nosotros. ¿Vieron esos cuerpos tirados en el contenedor de basura? Sus papás me dijeron que por desobediente estaba castigado. Le prohibieron tomar dulces al ir a dormir, ahora tiene caries hasta en los colmillos. Me contó la mamá que no se explicaban la causa de la caries hasta que descubrió que abajo del ataúd, escondía unos diabéticos.

## Solenopsis

Con un grito, más de frustración que de dolor, el chiquillo de tres años, desde el montículo, aunque busca, no ve a su padre por ninguna parte. Sentado sobre aquel hervidero, contempla con lágrimas a los pequeños insectos garbear feroces sobre su cuerpecito. En cada minuto que pasa, muestra más picaduras y percibe como si le prendieran fuego. Hace poco, al ver los rojos animalejos, había corrido hacia ellos con la emoción efímera del náufrago que grita «tierra a la vista» ante un espejismo. Y es que como es de esperarse, ya extraña a su papá después de un mes. Por eso lloraba. Fue cuando preguntó a su mamá que le respondió con despecho que «ese traidor se hizo ojo de hormiga».

## Nota póstuma de un escritor suicida

«Porque jamás pude escribir un pinche microcuento.»

## Caso difícil

Siguen las investigaciones para descubrir si el pobre muchacho se ahorcó, o su madre lo asfixió con el cordón umbilical.

## Por lo sano

«Ya que he observado que mi esposa comenzó a coquetear con el compadre, he decidido cortar por lo sano.»

*Nota del homicida descubierta sobre el cadáver de una mujer descuartizada.*



## Celebración

Con una copa en mano, frente al pino navideño comienza la típica cuenta regresiva: ...cinco... cuatro... tres... dos... uno... ¡FELIZ AÑO NUEVO! Y con lágrimas de emoción, explotando en nostalgia, mirando a mis padres, a mis hermanos y a la abuela, empiezo a abrazar los retratos.

## Gelación

Con una sonrisa traviesa, Iliana me mira desde lejos, la noto satisfecha, yo no puedo moverme. Recuerdo cuando la acosaba, de día, de noche. Invitaciones, regalos, llamadas telefónicas. Siempre supe que todo era de su agrado. Su mirada furtiva me invitaba a seguir con el juego. Recuerdo cómo, en busca de contacto, rozaba sus manos contra las mías, sus brazos sobre mi piel. Aunque el acercamiento duraba décimas de segundo, yo sabía que eran señales positivas.

Pasamos meses con ese juego de hacerse la mosca muerta bribona hasta que yo no pude más y le declaré mi pasión. Su respuesta fue intensa.

Me duele la cabeza, aturdido me doy cuenta que lentamente se aproxima a mí. Estoy frío... helado. Sus caricias no me causan ni una cosquilla, debería encenderme, ponerme a cien, igual que antes, pero mi libido debió salir de vacaciones. Me toma de las manos y me da un beso.

Cierra la gaveta criogénica y pone la temperatura a diez y seis grados bajo cero. Debí tomarla en serio cuando me dijo que ella se encargaría de quitarme lo caliente.

BONUS



# La huida

*A Mónica Reséndez*

¿Susto? ¿Instinto de supervivencia? Estas alteraciones eran cosa nueva para nosotros. Como sea, reconozcámoslo, estamos huyendo como unos ladrones... ¡Y mi padre es el que conduce la nave! (El vehículo que desde hace mucho se había designado para el escape). Me pesa un profundo sentimiento de culpa... y de resentimiento. Hubiera preferido viajar a otro tiempo que a otro universo, pero ahora, mamá es la que manda, ¡qué chistoso!

La guerra interestelar estaba a punto de estallar, existían muchas presiones diplomáticas entre los planetas de la confederación. La causa: La pelea por los territorios que pudieran quedar habitables después de la explosión de nuestro sol languideciente. Experimento nostalgia mezclada con algo de ansiedad, qué raro es eso de sentir. No terminamos de acostumbrarnos, creo que a todos nos está pasando lo mismo.

Este viaje será más largo de lo normal, pues con el fin de pasar inadvertidos, papá está evitando conducir hacia el «atajo» y seleccionó coordenadas poco utilizadas por los viajeros. Eso reduce al mínimo la probabilidad de encontrarnos con otra nave. Lo malo de viajar por el hiperespacio es el aburrimiento que ocasiona el panorama a través de la ventanilla, sólo vemos eternas manchas claroscuras entre fulgores grisáceos, lo digo por

Lenguy y Cherruy, mis hermanos menores, que ya se les nota el fastidio del monótono trayecto. Se ven tristes. ¡Y lo peor! Este armatoste volador es un modelo austero y no cuenta con cámara de proyección tetradimensional ni sonido ergonofónico. Ahora me gana la euforia, ¡lo mejor de todo es que ya no voy a realizar tareas domésticas! ¿A dónde llegaremos? ¿Qué extraños pueblos nos esperan? Me descubro sintiendo miedo al futuro y a lo desconocido.

Somos nuevos en esto de las emociones y me doy cuenta que no estamos aprendiendo a manejarlas.

De pronto, mamá lanza un grito de histeria.

—¡Fiffuy! ¡Olvidamos a Fiffuy!

¡Fiffuy! ¡Es verdad! Quedamos perplejos. Allá, su fin es inminente. ¿Cómo pudimos olvidar a nuestro perrobot? Pero entiendo, todo fue muy rápido, ni siquiera pudimos preverlo, no tomamos nada de nuestras pertenencias. Con dolor pienso en voz alta: «La última vez, lo estuve alimentando con croquetas virtuales», hice mal en mencionarlo, mamá enloqueció.

—Tenemos que regresar. ¡No debimos dejarlo! —y agrega con desolación—. Sin él no seremos una familia completa.

—¡Pero qué dices Monnua? —excalma papá en tono regañón—. ¿Cómo se te ocurre? Regresar sería dirigirnos al suicidio. Ya habrán notado nuestra ausencia, seguro nos están buscando.

Ella llora amargamente sin saber qué decir y él —fuera de sí— remata con una declaración que me parece muy cierta y nos causa mucho pánico pues nos portamos mal. ¿En qué nos convertimos?

—¡No seas tonta! Deja de lloriquear. Al atraparnos, quedaríamos presos para luego mandarnos a los laboratorios, nos convertirían en esclavos sin inteligencia. El robo de naves es un

delito que se persigue de oficio.

Hay un silencio colectivo como afirmación muda, las posibilidades de que eso suceda nos convencen del «no retorno», pero es doloroso y punitivo. Algo que nunca nos perdonaremos: Abandonar a Fiffuy a su suerte tal como lo estábamos haciendo con los dueños de esta nave, nuestros jefes por casi seis lustros. Quisimos ser como ellos sin saber en la que nos metíamos, (eso de sentir emociones humanas es bien complicado, te asaltan el temor, la duda, la culpa, la angustia, la tristeza... ¡Uff! ¡Son miles! ¡Cómo le hacen ellos!?!?!), amablemente nos inyectaron los nanochips de tales emociones, y a la primera de cambios, tras el primer ataque de pánico, traicionamos a quienes nos cuidaron con afecto, esa hermosa familia de humanos.

## Prueba contundente

*A Fernando Galaviz Yeverino*

Una especie de ceniza morada iba cayendo en el suelo. El rayo lo sacudió pero la emoción era mucho más grande que el dolor. Después de tantos años de búsqueda, de viajes alrededor del mundo, de entrevistas a innumerables testigos, por fin, él mismo podía comprobarlo con sus propios ojos. ¡Estaba a pocos metros de él! Sintió el impacto en su cuerpo y sus pies se entumieron. Boquiabierto, contemplo el arma. Extraordinaria. Muy brillante. No podía creerlo. Lo inundó la felicidad, les callaría el hocico a los escépticos. Gracias a este video tomado con el celular —que ahora mismo caía de sus aún manos— no quedaría duda de que sí existen los extraterrestres y además portan pistolas desintegradoras.



## Glotona 2: La campana de Pavlov

Después del primer asalto desfalleciste, pero la gran cuota de sexo aún no era plenamente cobrada, así que él, con sus hondas punzadas, te reactivó al delirio. Bastaba oír las expresiones voluptuosas, febriles —como quejas por el desmedido gozo—, que escapaban en su voz varonil, para que tus entrañas segregaran sus jugos, para que ansiaras satisfacer un hambre que había arreciado súbitamente. Afuera, ellos también, muy alborotados corrían de un lado al otro, olfateando. Siempre es así.

Tus mascotas están ocupadas peleando entre sí por la comida. Eres genial, la solucionadora de problemas número uno y sonríes. Comprar los perros fue la mejor opción: son fuertes, causan temor, te cuidan. Te hacen sentir muy tranquila, con una paz sombría como la de una calle solitaria en la noche. Liberas una carcajada descompuesta desde tu profundo desquicio. En el espejo te percibes gorda, reparaste en ello hace rato cuando estabas con él. Eras un remolino de jadeos y suspiros, gimoteabas... y volvías a gemir. En el patio, tus perros estuvieron alertas. Advertían cada ruido que salía de la habitación. Rubén —así dijo que se llamaba— de vez en vez acompañaba con sus gritos y meneos tus recios clamores que pedían perpetuar ese torrente de deleites. Esa cacofonía de placer tan peculiar era el

anuncio de la llegada del alimento (lo mismo te pasaba a ti): sus estómagos segregaron líquidos gástricos y sus hocicos babearon sobremanera. Afuera, la noche se alarga para contener mil trances amorosos, pero los canes no conocen la paciencia y nunca los has educado para esperar, sin embargo reflexionas que primero son los seres humanos y después los animales. No olvidaste preparar todo para tu manjar de tacos: la parrilla para asar, el carbón, las tortillas, no te faltó nada. La última vez olvidaste comprar el polvo sazonador de carnes, te encanta ponerlo desde antes. Hace poco, Rubén estaba en lo suyo, te atisbó de abrazos y proporcionó besuqueos a todo el cuerpo, te lamió como lo hacían tus dóbermans, es algo que en verdad disfrutas. Cuando hay sexo en tu casa, logras captar la excitación de tus perros. A él le llamaron la atención.

—¿Y esas bestias? ¿Son tuyas?

—No. Se los cuido a una tía.

—Se oyen muy inquietos.

—¿Te dan miedo? Tienen hambre. Igual que yo.

Lo acercabas a ti y con suavidad mordías su oreja, respondió con una violenta embestida y curiosamente te dijo:

—Mi perrita.

Diste un giro diestro sin perder la penetración para instalarte sobre él. Comenzó tu cabalgata donde recorriste una vez más un río de sensaciones de locura, cuando él se retorció de pies a cabeza y levantó el mentón con los ojos cerrados apretando tus caderas, te saboreaste, tus intestinos reclamaban por lo menos un refrigerio. Se aceleró el movimiento, tus lloriqueos fueron intensos, los ladridos también, hasta que él se descargó. Sudoroso y agitado pero contento, se levantó de la cama mirando hacia el patio.

—Tus mascotas ladran muy fuerte, son una jauría.

—Son quince —contestaste mientras frente al espejo, te cepillabas el pelo con esa sonrisa indeleble y la mirada fija en ningún punto.

—¿Quince?

—No sabes. Por este barrio ha habido muchos asaltos. Todo está muy solo —asentaste tus manos sobre su hombro, como advirtiéndole—, alrededor de aquí no hay vecinos, nadie que te socorra, puras fábricas. La inseguridad nos mueve a realizar actos extremos. Nada está de más.

—Debes gastar mucho dinero en croquetas. Espero que las compres en la fábrica para que te salga más barato.... Ganas bien, ¿eh?

—Ah, no, no... los perros se acostumbran a lo que sea, comen de todo, les doy cualquier cosa, puras sobras.

Mientras contemplaba por la ventana a los canes, un golpe en la nuca, inesperado, certero, ya experto, mandó a Rubén fuera de este mundo, todo lo demás ya era rutina: tomar el cuchillo, hacer los cortes, preparar la carne, degustar el manjar. Tus expresiones de satisfacción son más intensas al comer los tacos que durante la sesión de sexo, son el clímax de tu bacanal. Con cada gesto tuyo al masticar, los dóberman saben lo que viene, por eso sus hocicos se transforman en una fuente de viscosidad y se ponen como fieras. ¡Tus perros son maravillosos! ¡Los quieres tanto! Muy amorosa, después del sexo y de tu cena, les arrojaste las acostumbradas «sobras». Lo que no supo Rubén —ahora despedazado— (y ni tú te habías dado cuenta), es que ellos reciben cada vez menor cantidad de «sobras» mientras tú te alimentas muy bien probando nuevos cortes y engordas más y más.

JOSÉ JULIO LLANAS

Continuará...

## The walking idiots

*A Leonardo Barbosa*

Tras veinte años en coma, Petronila Wintterthorn había abierto los ojos, desorientada miró a su alrededor, bajó de la cama, recorrió los pasillos. Le pareció tan normal el abandono y desaseo de aquella clínica del IMSS, que tardó en notar el mobiliario roto, los instrumentos médicos en completo desorden, que ponía de manifiesto los feroces ataques antes suscitados. Caminaba lento en busca de alguien que la atendiera, que le aclarara las ideas... no encontró a nadie. Llegó hasta la puerta de servicio y muy debilitada, salió a la calle, ingresó a la boca de la noche.

Es hasta ahora —cuando se haya fuera de peligro— que con ayuda de su fortuito salvador, el doctor Ramones, hace un recuento de su pasado y del tiempo que estuvo inconsciente en el hospital.

—Pero, ¿qué fue lo que pasó durante ese tiempo?

—El Apocalipsis —fue la respuesta obtenida.

Hace un rato, ya estaba desfallecida de tanto correr, hizo un sobre esfuerzo para escapar, lo único que quería era llegar a su casa en la colonia Indepe, en dos horas ya la habían acorralado tres veces. Durante las primeras persecuciones, no atinaba a saber de qué se trataba, las sombras se reproducían en la penumbra como células fantasmales que en ocasiones le parecían simios,

ancianos decrepitos, pandilleros ebrios o seres sacados de ultratumba. Jadeante se ocultó tras unos matorrales, pero uno de ellos la había visto, un engendro moviéndose torpemente pero con mucha fuerza, la atrapó. Mrs. Wintterthorn, aterrorizada, forcejeó con aquel ente de ojos hundidos y vidriosos que no paraba de balbucear «brain, brain». De no ser por el disparo certero del doctor Remington Ramones que en su camioneta pasaba por el lugar, hubiera sido el almuerzo de aquel monstruo de piel violácea y venas muy pronunciadas.

—¿Se encuentra bien? Suba, por aquí casi no hay gente normal. Tuvo suerte de que saliera a buscar víveres.

Por un momento, al verse en medio de un Monterrey fantasma que no reconocía, dudo haber despertado. Muy alterada y con muchas preguntas, confió en el hombre que le ofreció seguridad.

—¿Quiénes son esos tipos que se comportan como animales?, ¿qué está pasando?

—¿Los de sonrisa forzada mostrando sus dientes enormes? ¡Ah! Ellos son groggys —Petronila no atendió la respuesta, estaba muy aturdida.

Ya en su refugio, Remington la ausculta encontrándola normal, le ofrece un bocado que tanto le ha hecho falta y se dispone a ponerla al tanto de la situación.

—Los que la persiguieron, esos de ojos hundidos, son presa de un desafortunado mal. He estado investigando. Algo disparó esta calamidad médica-educativa. Tengo años buscando dar en el clavo, pero aún no encuentro qué es.

—¿Médica-educativa?

El doctor le mostró algunas imágenes en la computadora.

—Estamos viviendo un caos, la sociedad ha colapsado al final

de tantas debacles, ahí estuvieron las señales, esto se veía venir pero nadie quiso reparar en ello.

Ante cualquier sonido exterior, Remington mira con sobresalto por las rendijas de la ventana.

—Hay que estar siempre en alerta, Los groggys pueden llegar repentinamente y sorprendernos.

Petronila quiere entenderlo todo de una buena vez y se le agolpan tantas preguntas que no consigue enunciar ninguna. El doctor lo advierte.

—En este lugar, nos resguardamos un grupo de personas que al paso del tiempo nos hemos ido encontrado, todos con el mismo objetivo de supervivencia; ellos ahora han salido a buscar armas, cerca de aquí hay una demarcación policiaca. Mis compañeros Toto Fernández, Adela y yo, capitaneamos este grupo, creo que no tendríamos ningún inconveniente en adoptarla.

La señora Wintterthorn sonríe ligeramente, pero de inmediato, el recuerdo de su familia la ensombrece.

—Gracias por su hospitalidad pero quisiera ir a la colonia Independencia. ¿Hay forma de saber de otros refugios?

—Es difícil. Se oye que muchos han sido atacados. Las comunicaciones poco a poco fueron fallando.

Al notar su agotamiento, Ramones le sugiere tomar un suero de electrolitos y recostarse, con la intención de seguirle explicando y con la promesa de salir, en su oportunidad, en busca de sus parientes.

—Los groggys son humanos que padecen un deterioro acelerado del cerebro, hasta el punto de perder todas sus funciones cognitivas y cognoscitivas, después el hipotálamo se inflama mórbidamente y la persona queda hecha un idiota, sólo arti-

culan una que otra palabra dentro de un rango muy limitado. Todo este deterioro se manifiesta espontáneamente en un abrir y cerrar de ojos.

El doctor comienza a preocuparse por la demora de sus compañeros, piensa en la posibilidad de haber sido capturados, le parece escuchar gruñidos lejanos, apaga las luces y corre a vigilar por la ventana, en voz baja continúa su explicación.

—Le decía, antes de convertirse en groogys, aparecen unos síntomas: Falta de concentración, baja retención, problemas de aprendizaje, dificultad para solucionar problemas, nula capacidad de discernimiento y cero puntuación en inteligencia creativa. Con el paso del tiempo, todo esto se va agravando. Mi teoría es que el cerebro se hace flojo, su inactividad intelectual propicia una mutación de las células T que los transforma prácticamente en animales. Ciertamente aquí en el laboratorio, he estado buscando la cura.

Remington percibe que los gruñidos se escuchan más cercanos.

—Cuando nos topamos con éstos, la lucha es a muerte, son ellos o nosotros, no hay de otra, su mundo es la visceralidad extrema, comen carne humana, especialmente les gusta el cerebro, quizás en el fondo buscan recuperar las facultades perdidas engullendo los sesos de otros.

Petronila quiere entender, todo le parece muy confuso, le duele la cabeza, no logra recordar las últimas palabras del galeno, por momentos le parece que su cerebro se apaga, le da miedo la idea de caer de nuevo en el coma, se conforta pensando que esos malestares momentáneos pueden ser los estragos de tantos años de inconsciencia, apenas logra construir la siguiente pregunta.

—¿Y... cuáles... dice usted... que, son, que son... las causas...



de...

—¿Para transformarse en groogy? La básica, un periodo prolongado de no lectura, no estudiar. El cerebro es un músculo que se tiene que estar ejercitando siempre.

—Mis hijos leían... sí, ellos leían, les gustaba Carlos Cuauhtémoc Sánchez.

Sin querer, el doctor suelta una carcajada que, por precaución, de inmediato contiene.

—Temo decirle Petronila que esos libros no funcionan, ni Paulo Coelho, ni nada de «literatura» de superación personal. Hay casos de gente que se creía muy leída, y amaneció convertida en un monstruo de esos.

La mujer suda frío ante el recuerdo de los acontecimientos recientes, cuando al salir de la clínica, estuvo a punto de ser devorada por la bandada de idiotas. ¿Sus hijos podrían ser uno de ellos? Comienza a sentir taquicardia. El doctor Remington sigue hablando.

—Curiosamente la única facultad que les queda es la de organizarse, se hicieron de un líder, le llaman Peña. México es un país de no lectores, ¡imagine la situación! A lo largo y ancho del país, reina la anarquía y el peligro.

Afuera un grito de mujer los sacude.

—¡Doctor! ¡Tuvimos problemas!

Remington, agobiado, teme lo peor. Corre a la ventana. Observa que la dama camina con dificultad.

—¡Es Adela!

De la nada, aparece un grupo de groogys, «Brain... brain...», ella corre, intenta franquearlos, la rodean, no tiene escapatoria, las manos monstruosas de un esperpento la sujeta por la cintura, Adela se resiste y lucha inútilmente, son demasiados para que

el doctor los enfrente.

—¡Qué mala suerte! Ya no hay municiones.

Él no quiere ver cuando comienzan a morderle los pechos, los gritos son desgarradores y se mezclan con los bufidos bestiales, «brain...brain», entre todos comienzan a devorarla. Un compañero del equipo aparece de la penumbra, furioso y a disparos termina con los groggys, mas para Adela es ya muy tarde. El doctor Ramones lo reconoce, es Fernández. Su éxito es breve, tras él un ente lo alcanza y lo toma por el trasero... Toto grita de dolor. Se escuchan más disparos a lo lejos.

—¡Vienen los demás! ¡Hasta dónde hemos llegado con el desuso del cerebro! ¡A acabarnos unos a otros! Ante las bajas de Adela y Fernández, su pesar es tremendo, se nota en su voz temblorosa.

—Ahí tiene señora Winterthorn, estamos viviendo las consecuencias de un lapso largo de no lectura en donde la mente estuvo expuesta a TV basura y ningún... reto... que incentive su...

Los gruñidos son fuertes y vienen desde dentro, ¿se introdujo uno de ellos?, el doctor Remington Ramones presiente lo peor, se queda helado.

—...incentive su desarrollo intelectual...

Petrificado, deja de ver por la ventana y con sumo cuidado, gira su cuerpo, entendiendo su estupidez.

—...tal como le sucedió a... usted.

Petronila Winterthorn, estaba de pie tras él, visiblemente descompuesta, con ojos hundidos y una sonrisa forzada, Se lanza sobre él, sin dejar de decir «brain... brain...».







Fotografía: Claudia Aguilar Herrera



# Índice

## CUENTRETE

- [11] *Del delirio a la cordura*  
[17] *La boda*  
[21] *La encomienda*  
[24] *Glotona*  
[26] *Don Jacinto*  
[31] *Mamá me consiguió trabajo*  
[34] *En géneros se rompen gustos*  
[36] *Antes del examen*  
[41] *Los buenos somos más*  
[43] *Ponchito*  
[46] *De horóscopos y pelones*  
[50] *Sin bendición*  
[53] *María del diablo*  
[58] *La manía de Olivia*  
[61] *El secreto de la vida*

## CUENTÚSCULOS

- [67] *Homicidio imprudencial*  
[68] *Cosas de fanáticos*

- [69] *Inscripciones abiertas*  
[70] *Buen síntoma*  
[71] *Aviso clasificado*  
[72] *Bebida chatarra*  
[73] *Solenopsis*  
[74] *Nota póstuma de un escritor suicida*  
[75] *Caso difícil*  
[76] *Por lo sano*  
[77] *Celebración*  
[78] *Gelación*

#### BONUS

- [81] *La huida*  
[84] *Prueba contundente*  
[85] *Glotona 2: La campana de Pavlov*  
[89] *The walking idiots*



*Cuentos cortos para insomnios largos* de José Julio Llanas terminó de imprimirse en el mes de junio de 2013 en la Imprenta Universitaria. En su composición se usó el tipo Goudy Old Style de 10, 11 y 16 puntos. Se imprimieron los interiores a una tinta sobre papel Cultural de 75 gramos y la cubierta fue impresa en selección de color sobre cartulina sulfatada de 14 puntos y plastificado mate. Para esta primera edición se hicieron mil ejemplares. Diseño de la colección y formato electrónico de Óscar Efraín Herrera.